

EL HOMBRE y su TEMA

La decana de las abuelas

El domingo, a las nueve de la mañana, se reunieron los componentes de la "Asociación de los Ancianos de España", para celebrar el más emotivo acto de su programa de festejos en honor de la Patrona de la Entidad, Santa Isabel de Hungría. Tuvo lugar la bendición de la bandera de esta simpática Asociación, con un Oficio solemne en la Basílica de Santa María del Mar, y procesión. La ancianita de las asociadas que fué la encargada de llevar el cordón de la bandera, tiene 89 años y continúa haciendo su vida normal, como si aún viviera en las quince primaveras. Y está enamorada de la "Asociación de Ancianos de España", como verán ustedes leyendo sus manifestaciones.

María Gelabert Bergés

—¿Contenta?

—Mucho. Tengo una gran alegría por ser la cordonista y porque nuestra Asociación posea su bandera.

—¿Qué opina de la Asociación?

—Todo bueno. Nos facilitan entradas para cines y teatros, y nos procuran alegría y ayuda.

—Bien. Ahora, hablemos de usted. ¿Qué secreto le permite mantenerse joven?

—El haber llevado una vida de trabajo y organización, gracias a mi hija, que siempre está conmigo y trabaja mucho.

—¿Viven solas?



—Y felices. Yo hago la comida, la compra y la costura de casa. En mis años mozos fui modista de las buenas. Ahora, llevo la casa para que mi hija trabaje.

—¿Y va al cine, sola?

—¡Y hasta de noche!

—¿Le gusta?

—Me gusta más el teatro.

—¿Qué obra vió últimamente?

—“El Conde de Luxemburgo.” ¡La hacían mejor en mis tiempos! ¡No había nadie, ni habrá, como Vendrell!

—¿Qué alimentación considera más beneficiosa para la salud?

—¡Yo como de todo!

—Entonces, hableme de modas...

—¿Se viste bien hoy día?

—Yo me hago mis vestidos, y el abrigo que llevo puesto está hecho por mí.

—¿Desde cuándo es usted viuda, abuelita?

—Desde hace treinta años.

—Con franqueza, ¿se vive hoy mejor que ayer?

—¡Yo soy feliz con mi hija!

—Pero, ¿qué diferencia hay entre la vida de ayer y la de hoy?

—Mucha. Ayer, yo tenía que lavar en el río, allí en San Baudilio, donde nací... Pero hoy tenemos que pensar mucho más... Ahora, cuando voy a la plaza, ¡me “torno ximple”!

—Pero es feliz y disfruta del cine en relieve, cosa que no había ayer...

—¡Como que alargó la vida para ver si conozco la televisión en Barcelona!

—Y la lucha libre, ¿la conoce?

—¡Ni ganas! Yo, a mi cocina, a mi mercado, a mi costura... ¡y a mi Asociación. El domingo fui a la procesión con el cordón de la bandera ¡No sabe qué alegría me produce pensarlo!

—La abuelita está como chico con bandera nueva...

ORTIZ

26. Nov. 1953. Soli.

Espectáculos

Elvira Vendrell



Elvira Vendrell, aplaudida tiple que actúa en la compañía lírica de Apolo, nació en Sueca el 24 de abril de 1920.

Desde muy joven sintió una gran inclinación hacia la música y el teatro, y después de realizar algunos «bolos», el año 1940 se presentó en Madrid, en el Esclava, encuadrada en la compañía Tero Vázquez, con «La del manojo de rosas».

Sus primeras actuaciones nos la revelaron como una gran cantante, y ya bajo la égida del éxito y entre las más risueñas promesas, pasó a formar parte de la compañía que, en el Calderón madrileño, capitaneaba el maestro Moreno Torroba.

En aquel elenco permaneció un año aproximadamente. Durante ese tiempo, Elvira Vendrell tuvo una eficaz maestra en Sérica Pérez Carpio.

Más tarde figuró en las huestes de Eladio Cuevas, y luego formó algunas compañías por su propia cuenta.

—Hasta que —nos dice— he tenido la suerte de cantar con Emilio Vendrell, este gran tenor y maestro.

Las obras que merecen la predilección de Elvira Vendrell son «Los Claveles», «Luisa Fernanda» y «La del manojo de rosas».

Por su juventud, por su belleza y, sobre todo, por su arte, Elvira Vendrell está llamada a recorrer como triunfadora los caminos del teatro lírico nacional.

El Noticiero

29-10-42



TEATR

treno de la comedia lírica en tres actos, adaptación de la película por su autor José Casin, con música de los maestros Braña y Godes, "El 13.000".

La obra, divulgada ya por el cine, ha sido llevada a la escena con sumo acierto. El ingenioso argumento, en el que tan habilidosamente alternan las escenas graciosas con las sentimentales, atrajo desde el primer momento la atención del numerosísimo público que acudió al estreno.

La música de los maestros Braña y Godes, estructurada en el ambiente del jazz, es muy agradable, de melodía clara y de mucha vivacidad rítmica. Se repitieron muchos de los números musicales.

En la interpretación distinguióse en primer término Elvira Vendrell como cantante y como actriz, pues en ambos aspectos, dió muestras de poseer un firme temperamento artístico.

Con Elvira Vendrell, se destacaron, también, Milagros Ferris, triple cómica muy graciosa y suelta en escena; Jaime Miret, que fué el artista concienzudo y expresivo de siempre; Esteban Leoz, tenor de fácil y expresivo fraseo; Vicentita Ruiz, de tan buenos medios vocales; María Téllez y Vicente Aparici.

La dirección escénica, a cargo de Pepe Viñas, muy cuidada, lo mismo que la musical, que se confió al maestro Gorgé.

"El 13.000" consiguió, como al principio indicamos, la aprobación unánime del público, mereciendo los autores y los principales intérpretes el honor de salir a saludar repetidas veces al proscenio después de cada acto.

ALFREDO ROMEA

En el Victoria

Estreno de "El 13.000"

La más favorable acogida consiguió anoche en el Victoria el es-

EL UROUNAG

Homenaje al maestro Nicolau

Una verdadera solemnidad artística, a la que se asoció un público tan selecto como numeroso, que llenó a rebosar el Palau de la Música Catalana fué el concierto, que correspondiendo a la serie de los organizados para días festivos por la tarde, celebró ayer el glorioso Orfeó Catalá en honor del maestro don Antonio Nicolau.

El "Orfeó Catalá" al tributar este homenaje a uno de nuestros más insignes músicos ha realizado una de las más nobles y altas empresas de las muchas con que cuenta en su haber.

El concierto-homenaje resultó una gran solemnidad artística digna del gran músico a quien se dedicaba y digna también del prestigio de esa incomparable masa coral que acaudilla el incomparable Millet.

El nombre de Antonio Nicolau representa toda una época brillante y gloriosa en nuestra música coral. Sus obras que no hemos de analizar ahora por ser muy conocidas producen en el oyente hondísima emoción. Pocos muy pocos, como él nos han hablado—valgáenos la palabra—tan directamente al corazón y en un lenguaje musical tan rico como nuestro.

Muy amplia es la producción del maestro Nicolau pues se extiende a todos los ramos de la composición, desde la mas sencilla pieza hasta el poema sinfónico y la ópera, pero indudablemente en las que ha escalado las regiones más puras del sentimiento, en las que ha puesto su gran alma de artista y su técnica admirable es en las obras que lleva escritas para el Orfeó Catalá institución con la que se halla unido íntimamente.

El ilustre Millet así lo reconoce en un bello escrito que figuraba en el programa de la sesión de ayer y del cual vamos a obsequiar a nuestros lectores con algunos párrafos que vendrán a justificar nuestras apreciaciones:

"Casi toda la vida artística de nuestra entidad (refiere el maestro Millet al "Orfeó Catalá") ha estado perfumada por esta música tan llena de belleza, pura y noble, de una catalanidad tan sincera y profunda. Confesemos que sentimos un cierto orgullo de haber sido ocasión de que el maestro diera lo mejor de su alma de artista con las obras corales, pero junto con este orgullo, se nos despierta un íntimo agradecimiento por este don supremo de belleza, que sin él parecería, puede ser, incompleta y manca nuestra obra.

En casi todas nuestras manifestaciones puramente corales, no falta nunca el aroma suave y penetrante, fuerte y sutil, noble e insinuante de la inspiración nicolauna. Ciertamente que ella arranca de la canción popular nuestra que nos ha formado y dado aliento y nos ha hecho crecer y es nuestro primer amor imborrable; cierto que tenemos otros autores que al repertorio de los Orfeones de Cataluña han aportado obras en las cuales han plasmado musicalmente con fuerte y personal inspiración las diferentes modalidades del fondo sentimental de raza, creando así todos juntos, dentro del género, una modalidad nueva en medio de toda la literatura musical moderna; pero la manera de ser de la inspiración del maestro amigo esta de tanto tiempo dentro de nosotros, se ha identificado tanto con nosotros, que si fué el "Orfeó Catalá" la ocasión que abrió la flor no es menos cierto que en aroma no solamente ha llenado nuestros sentidos, sino que, en parte ha modelado el fondo de nuestro ser artístico. Sin la obra del maestro Nicolau al "Orfeó Catalá" le faltaría aquel algo indefinible que le caracteriza".

Después de las elocuentes frases que acabamos de transcribir del Mr. Millet huelga todo comentario acerca de la obra coral del maestro homenajeado.

Únicamente hemos de recordar que el maestro Nicolau fué el primero que en Barcelona nos hizo oír las sinfonías de Beethoven y otro gran número de importantes obras orquestales desconocidas en aquel entonces, hará unos 20 años, en Barcelona. El fué pues el iniciador del gran movimiento musical de nuestros días y el fué por tanto el que en un principio contribuyó más eficazmente a la depuración del gusto musical de nuestro público.

Otro de los grandes méritos del maestro Nicolau es su gran modestia. Otros, con muchos menos méritos que él, andan por ahí pregando constantemente su valer. El maestro Nicolau en cambio, ha huido siempre de toda ostentación populachera y ha sido siempre para los demás músicos generoso en el calificativo.

El programa del concierto que le dedicó el Orfeó Catalá, lo formaban por entero, salvo "El Cant a la Senyera" de Millet, obra ya de ritual, composiciones del homenajeado.

En la primera parte figuraban "El noi de la Mare" y "La Mare de Deu", para coro mixto, y las canciones "La dama d'Aragó" y "El mariner", que fueron interpretadas respectivamente, por los solistas señores Vendrell y señorita Fornells. Los dos exquisitos cantantes realizaron como siempre una labor muy primorosa mereciendo tantos aplausos que les obligó a bisar las dos composiciones referidas.

El tenor señor Vendrell cantó además en la tercera parte y con el mismo acierto "Lo bon Jesuset", canción que hubo también de repetirse.

A la señorita Fornells y al señor

Vendrell les acompañó al piano el maestro Joan Salvat quien puso en su delicado cometido la competencia artística que tantas veces le hemos reconocido.

Completaban el programa las obras corales tituladas "Divendres Sant", "Teresa", "La mort del Escolá", "Entre Flor" y "Captant".

El "Orfeó Catalá", bajo la batuta del gran Millet, cantó todas las obras admirablemente, magistralmente, como no es posible mejor, haciendo un verdadero derroche de sentimiento y un verdadero alarde de su perfecta afinación y de su ajuste irreprochable.

El público se desbordó materialmente en entusiasmo tributando al ilustre Millet y a su hueste los mas calurosos aplausos.

También requirió el público la presencia en el hemicycle del homenajeado pero el maestro Pujol advirtió que con gran sentimiento de todos esto no podía ser pues el maestro Nicolau, como manifestaba en una expresiva carta que leyó, no había podido asistir por hallarse enfermo.

El concierto-homenaje terminó interpretando el Orfeó a ruego del público "Els Segadors", obra que fué delirantemente aplaudida y escuchada de pié por la concurrencia.



Enrique Borrás en su infancia.

lona para pedirme que trabajara con ellos. Iban a poner "Les joies de la Roser", y querían que yo desempeñara el papel principal.

—Pero si yo no he trabajado nunca en el teatro— les dije.

—No importa. Estamos seguros de que lo has de hacer mejor que cualquiera de nosotros.

—Si tanta fe tenéis en mí, allá vosotros con vuestra responsabilidad. Yo me lavo las manos.

—Entonces ¿aceptas?

—Acepto.—

Tenía muy poco tiempo para estudiar mi papel, pero mi voluntad, mi empeño en corresponder a la gentileza de mis amigos y de hacerme digno de las esperanzas que habían puesto en mí, salvaron el obstáculo de la premura.

Entonces me di cuenta de que no necesitaba más de cuarenta y ocho horas para estudiar un papel, por difícil que fuera. En mi carrera teatral, más de una vez se me había de presentar el caso de preparar una interpretación con los minutos contados. En todas ellas afrontaría la empresa con la optimista seguridad de que habría de salir airoso del empeño.

Insisto en estos pequeños detalles para que mi carácter se vaya definiendo en el transcurso de estas declaraciones. La tenacidad, la decisión y el optimismo son cualidades que no me han faltado nunca. En aquella época juvenil iban acompañadas del orgullo, un orgullo al que todavía no podía poner freno la experiencia y que en el terreno artístico había de tener la justificación de mis fáciles éxitos.

En el teatro de Badalona se representó "Les joies de la Roser" y yo debuté con el papel más importante de la obra.

El éxito fué completo. No quiero disfrazar la verdad con la modestia. La sinceridad es otra de mis cualidades. Obtuve el éxito que mis amigos de la compañía de aficionados tenían previsto y sólo entonces empecé a tomar gusto al trabajo de actor, aunque esto no quiere decir, ni mucho menos, que pensara hacer de él una profesión.

El teatro seguía siendo para mí un recreo agradable, una diversión, pero nada más. Acaso por eso mi familia no llegó a sentir inquietud ante unas aficiones, con las que sólo por ser aficiones podía transigir. Entonces había que ser una primerísima figura para que la carrera teatral resultara remuneradora. Y figuras de esa categoría había muy pocas. En cambio, alrededor de ellas, pululaban legiones de artistas que ganaban lo indispensable para comer o ni eso siquiera.

Esta era la razón de que yo siguiera sin ver en el teatro un medio de ganarme la vida. Pero la afición ya se había adueñado de mí. Algo es algo.

De debutante a director

AQUEL éxito tuvo una consecuencia inmediata. La compañía de aficionados, después de haberme confiado, de buenas a primeras, el papel de primer actor con que debuté, me honró con el cargo de director. Entre mi debut y aquel nombramiento habían transcurrido sólo unos días. De modo que mis progresos no podían ser más rápidos. Y así fué, no sólo en mis comienzos como aficionado, sino en mi carrera como profesional. No he hecho jamás un papel de partiquino, ni siquiera secundario. Sólo he trabajado como primer actor o primer galán. Bien puede decirse que entré en el teatro por la puerta grande.

Al mismo tiempo que trabajaba con mi compañía de aficionados, salía a hacer algún "bolo" con una compañía profesional especializada en esa clase de representaciones. Con ella desempeñé también papeles de primer actor, que ni yo hubiera aceptado otra cosa ni ellos me lo propusieron.

Siempre recordaré la cara de asombro que puso el director de aquella compañía, amigo mío como todos los que la integraban, cuando vino a proponerme el primer "bolo" y yo le contesté:

—No he pensado nunca dedicarme al teatro.

—Entonces ¿trabajas por amor al arte?

—Ni eso siquiera. Hay quien se divierte jugando al



El gran actor en «El alcalde de Zalamea».



Borrás en sus mocedades.

billar, haciendo excursiones o practicando algún deporte. Para mí no hay mejor diversión que trabajar en el teatro.

—¡Pero si tú tienes en la escena un gran porvenir!

—¿Llamáis gran porvenir a ir haciendo “bolos” por los pueblos?

—Llamo gran porvenir a llegar a ser un Vico o un Calvo.—

Me eché a reír. Si disparatado me parecía pretender vivir de la escena, aspirar a rivalizar con aquellos dos colosos, se me antojaba algo así como querer alcanzar la luna con la mano.

Pero mi amigo estaba empeñado en obtener mi colaboración y yo acabé por decidirme a hacer un “bolo” con su compañía.

Mi trabajo satisfizo tanto al público como a mis compañeros y cuando llegó la hora de repartir los beneficios, produjo una extrañeza general negándome a percibir un céntimo.

—Es un romántico —comentó uno de aquellos actores que luchaban bravamente por la vida—. Deseémosle que siempre pueda permitirse esos lujos.—

Pero no vaya a creerse que eran cómicos de la legua. Más de uno de aquellos actores ha llegado a ser una notabilidad.

Durante un año aproximadamente, mis actividades artísticas se compartieron entre la compañía profesional —pues después de aquel “bolo” hice otros muchos— y el cuadro de aficionados que con gran entusiasmo dirigía.

También nosotros, los aficionados, nos aventurábamos a salir de vez en cuando de Badalona. Y unas veces recogíamos aplausos y otras pedradas, pues no siempre teníamos tiempo de ensayar las obras lo necesario y entonces ocurría lo que en tales casos suele ocurrir: que uno se equivoca, que el azoramiento le hace equivocarse de nuevo, que se oye una risa en el público, que el nerviosismo de la primera víctima se comunica a los demás actores, que arrecian los pitos y las burlas del público y que, al fin, nadie da pie con bola. El traspunte nos hace salir a destiempo, el apuntador no sabe lo que lee, y cuando vamos a coger el revólver o la espada, nos damos cuenta de que nos lo hemos dejado en el camerino: entonces hemos de substituir el tiro o la estocada por un silletazo. Para acabarlo de arreglar, el telón se niega a pasar de la mitad de la embocadura. Los actores no saben qué hacer. Por fin, deciden retirarse. Y lo más corriente es que alguno de ellos tropiece y meta la cabeza por una decoración.

Toda la vida me acordaré de un “Tenorio” que representamos en un pueblo costero cercano a Badalona. Ibamos en carros, no tanto por evocar los tiempos de Molière como por ahorrarnos unas pesetas, pues en nuestra sociedad había tanta sobra de entusiasmo como falta de dinero. Todos nos sabíamos al dedillo el papel, pero la adversidad se cebó en nosotros de tal modo, que, a partir de la cuarta o quinta escena, no había en la compañía nadie capaz de pronunciar todas las letras de la palabra mortuario. No sé quién me llamó “Tenorrio” en vez de Tenorio. Doña Brígida tomó de ello buena nota y, por decir doña Inés, dijo “doña Anís”. Hasta las estatuas tomaron parte en aquel caos memorable. En la escena del cementerio tuve que dar un salto para que no me cayera encima el mausoleo del comendador.

Apenas terminó la obra, emprendimos el regreso sin ni siquiera entretenernos en quitarnos el traje de escena.

Y el final fué una lluvia de piedras que causó considerables destrozos en los carros y que nos hizo temer por nuestras cabezas.

Yo me desternillaba de risa. Doña Inés, en cambio, lloraba.

Desde entonces, cuando íbamos a hacer algún “bolo”, substituí mi nombre con un seudónimo. No quería mezclar mi apellido a nuevas hecatombes.

La primera actuación en Barcelona. Otra representación “histórica”

UN día el alcalde de Badalona, que tenía aficiones teatrales, lo que no quiere decir que tuviera aptitudes, preparó una actuación en Barcelona a la compañía de aficionados.

Representaríamos el drama lírico “La Pasión y Muerte de Jesucristo” en el Circo Barcelonés.

Me alegré, porque me interesaba mucho* trabajar en Barcelona. Las cosas habían cambiado. Mi casa iba de mal en peor. Por veleidades de la fortuna, el negocio se había hundido. De él no quedaban sino las apariencias, y aunque, a juzgar por éstas, todo parecía marchar tan bien como siempre, y eso era lo que creían nuestros ami-



Un magnífico dibujo de Casas: Enrique Borrás en el papel de Manéic, de «Terra Baixa».



El gran actor al comenzar su carrera artística.

gos, lo cierto era que nos encontrábamos en una situación difícil y que yo había tenido que pensar en el teatro como un medio de ganarme la vida.

Todo estaba ya listo, incluso se había hecho el reparto. Aunque yo era el director de la compañía, la autoridad del alcalde me había desplazado, quedándose él con el papel de Jesús, que era el principal, y dándome a mí el de Pilatos. Sin duda, se dijo el hombre que para no quedarse con el mejor papel no se habría molestado en preparar aquella función en Barcelona.

Nos trasladamos a la capital con un par de días de anticipación y ese fué el tiempo que tuvimos para buscar coros, elegir cantantes, estudiar los papeles, ensayar, etcétera, etcétera. A esto hay que añadir que nuestro alcalde no conseguía aprenderse dos párrafos seguidos de su papel, que otros actores le hacían la competencia, que habíamos encontrado un cantante especialista en gallos y que los trajes parecían sacados del saco de un trapero. Con estos antecedentes, fácil es comprender cómo irían las cosas el día de la representación.

El teatro estaba lleno. A veces la novedad es el mejor reclamo. Desde las primeras escenas se vió que lo que nosotros presentábamos como drama el público lo tomaba por sainete.

Jesús no daba pie con bola. Y si tal hacía el Maestro, ¿qué no habían de hacer los discípulos?

Yo, que esperaba entre bastidores el momento de salir, me preguntaba si llegaríamos al fin de la función. El público celebraba a carcajada limpia los pasajes más dramáticos de la obra. Alguien me dió la noticia de que el vestíbulo estaba lleno de gente. Era que los espectadores abandonaban las localidades para reírse a sus anchas. Hasta los músicos desertaban de sus puestos para mezclarse al coro de risas. Los maestros del género astracán no han tenido nunca un éxito parecido.

Yo ya no tenía esperanzas de obtener ningún resultado positivo de mi presentación en Barcelona.

Esperaba el momento de salir a escena y mi único deseo era terminar cuanto antes.

—Ahora— me dijo el traspunte.

Y aparecí con mi traje de Pilatos en aquel escenario convertido en un tubo de la risa.

Se me recibió con un coro de carcajadas.

—¡Ahora viene lo bueno!— dijo un chungón.

Y yo, sin preocuparme de nada ni de nadie, comencé a decir mi papel.

Poco a poco las risas se fueron calmando. Por la puerta del vestíbulo empezaron a asomar rostros en los que la curiosidad había desplazado a la risa. Y al mismo tiempo que en la sala se hacía un silencio absoluto, los músicos volvían a sus puestos de puntillas y los espectadores a sus butacas.

A estas muestras de atención siguieron otras más halagadoras para mí: los aplausos. Los compañeros me esperaban entre bastidores para abrazarme. “Nos has salvado”, me dijeron. Y yo tuve la satisfacción de comprobar la certeza de estas esperanzas. Amainó el temporal de risas y el público vió terminar la obra sin volver a meterse con los intérpretes.

El primer contrato

VOLVÍ a Badalona con la compañía. La alegría del éxito no era suficiente para alejar de mí la preocupación que la situación económica de mi casa me producía. Era necesario encontrar trabajo sin pérdida de tiempo. Los residuos de nuestra fortuna se agotaban a toda prisa. Yo me preguntaba si mi actuación en el “Barcelonés” habría servido para algo. Y la respuesta fué una carta de Barcelona en la que un amigo me decía que me pusiera en camino en seguida.

“¿Será ésta la solución?”, me preguntaba mientras el tren me conducía a Barcelona.

Fuí a ver a mi amigo inmediatamente y éste confirmó mis esperanzas.

—¿Te gustaría trabajar en la compañía de Antonio Tutau?— me preguntó.

Don Antonio actuaba a la sazón en el teatro Novedades. Mi réplica fué inmediata:

—¡Ya lo creo!

—Pues ahora mismo debes ir a verle. Necesita un galán. Le han hablado de ti y tiene deseos de conocerte. Yo le dije que hoy o mañana irías a verle. Me parece que es una buena ocasión.

—¿Se ha enterado de lo que ocurrió en el “Barcelonés”?

—Se lo he contado yo.

—Bueno. Voy a ver qué pasa.—

Y fuí a visitar a don Antonio Tutau.

Me recibió en seguida y me dijo amablemente:

—Ya te habrán dicho que necesito un galán.

—Sí, señor.

—Y que he pensado en ti o, mejor dicho, me han hecho pensar los que te han recomendado.

—Sí, señor; un amigo me ha informado de todo.

—Pues bien; entonces sólo he de decirte que, aunque tengo muy buenos informes de ti, eso no me basta. Nadie se aventura a hacer un contrato a ciegas. De modo que tendré que probarte.—

Aquello no me gustó. El orgullo por un lado y la falta de experiencia por otro me dictaron esta respuesta:

—A “cala”, como los melones, no, don Antonio.—

El me miró un tanto extrañado.

—¿Qué mal puede haber en ello?

—Para usted, ninguno; para mí, sí. Porque usted es un hombre de gran autoridad en las cuestiones teatrales. Y si me prueba y no le gusto, los empresarios dirán: “Cuando no le ha gustado a don Antonio, malo ha de ser.” Y sería muy triste que yo fracasara sin haberme sometido al juicio del público y de la crítica. Claro está que el suyo vale mucho, pero podría equivocarse. Nadie, por sabio que sea, es infalible.

—Bueno, hombre, bueno. Casi me has convencido. Habrá que buscar el modo de que ni tú ni yo nos perjudiquemos.—

Y me dió la mano demostrando con su cordial actitud que no se sentía molestado por mi impetuosa respuesta.

Yo me marché con la seguridad de que había producido buena impresión a don Antonio y decidido a no moverme de Barcelona para volver a ver a Tutau apenas tuviera noticia de que había encontrado la solución.

Ésta no se hizo esperar.

Me mandó llamar don Antonio y me propuso:

—¿Quieres hacer un “bolo”? Un “bolo”, como tú sabes muy bien, es una función en la que toman parte actores que a veces se separan después de la representación y no vuelven a trabajar juntos en la vida. A nadie extrañaría, pues, que tú hicieras un “bolo” con nosotros y no te quedaras en la compañía. Además, así, podrá juzgarte, al mismo tiempo que yo, el público y la crítica, que es lo que tú quieres.

—Acepto —dije sin vacilar—. Pero ¿dónde vamos a hacer ese “bolo”?

—Aquí mismo. Dentro de unos días damos una función extraordinaria a beneficio del actor Jaime Martín.

—Es un “bolo” muy especial, pero para el caso es lo mismo. ¿Qué obra va usted a poner y qué papel piensa darme?

—La obra es “La campana de la Almudaina”, y tu papel es el de Jaime IV. Supongo que lo habrás hecho ya.

—No, señor.

—Entonces hemos perdido el tiempo. No es posible aprenderse un papel como ése en tres días.

—Eso es lo de menos, don Antonio. Pasado mañana podré decir el papel sin apuntador.

—Entonces, no hay más que hablar. Harás el “bolo” y si me gustas, te contrato.—

Otra vez me picó el amor propio aquel hombre.

—Y si usted me gusta a mí —repliqué— me dejaré contratar.—

Don Antonio sonrió amable y comprensivo.

Al día siguiente ensayé por primera vez y Tutau quedó tan satisfecho de mi trabajo como de mi memoria.

Y al otro día, cumpliendo mi promesa, hice callar al apuntador.

Y llegó el día de mi debut. Me sería difícil definir las emociones que me embargaban en aquellos momentos tan decisivos para mi carrera. Pero, desde luego, no sentía inquietud ni desconfianza. La conquista de la escena había sido hasta entonces tan fácil para mí, que me parecía no

podía ser de otro modo en el resto de mi carrera. Emoción, sí. El momento era transcendental y experimentaba la sensación del que espera una gran alegría.

No me engañaron mis esperanzas. Al caer el telón después del primer acto y cuando todavía no había tenido tiempo de darme cuenta del efecto que había producido en el público, sorprendí este breve diálogo entre don Antonio y un señor que participaba en el negocio.

—Ese muchacho está quedando muy bien, Tutau, y si le deja acabar la comedia, cobrará demasiados humos. Creo que debe usted contratarlo en seguida.—

Don Antonio siguió el consejo y antes de que se vol-



En «El abuelo».

viera a levantar el telón ya me había preguntado si quería firmar.

—Ya lo creo— le contesté.

Y firmé mi primer contrato.

Sueldo, siete pesetas.

De galán joven con Vico.—Una lección, un “gallo” y un puñal.

ME lancé con decisión a la conquista de la fama.

Mis diez y ocho años no hacían la menor concesión a los materialismos.



El popular actor cuando tenía veinticinco años.

Acepté sin vacilar aquellas siete pesetas y, en cambio, mi amor propio saltaba a la menor rozadura. Don Antonio Tutau había podido comprobarlo. Yo era feliz con mi amor propio y don Antonio con que me resignara a cobrar siete pesetas. Todos contentos.

Debuté una tarde con una obra festiva que se titulaba "Los guantes del cochero". Acerté hasta el punto de que los entendidos dijeron que mi género era el cómico. Y como por la noche tenía que representar el Ernesto de "El Gran Galeoto", me auguraron un fracaso.

Pero estaba visto que la fortuna no se separaba de mí un momento y por la noche mi trabajo fué unánimemente aplaudido.

Para que en mi debut no faltara nada, fuí protagonista de un lance chistoso.

Ocurrió que, como era tan joven, don Antonio me recomendó que me pusiera barba para dar más carácter al personaje. Elegí una barba negra que prestaba al tipo cierta arrogancia y por primera vez se vió en escena un Ernesto barbudo. Llegó el momento en que yo tenía que recibir el bofetón y don Antonio, que era el encargado de dármelo, lo hizo tan a lo vivo, que me arrancó media barba.

Tutau tuvo que hacer grandes esfuerzos para contener la risa. Y yo, con súbita inspiración, salvé el conflicto llevándome la mano a la mejilla con un gesto de dolor y reparando el desperfecto.

Los sueldos buenos tardaron en llegar, pero los papeles importantes y los éxitos los obtuve desde el primer día.

Al finalizar mi contrato con don Antonio, figuré en otras compañías.

Una de ellas fué la de don Antonio Vico.

Será preciso que me detenga después de haber nombrado a este insigne actor.

Vico era para mí, y lo sigue siendo, el mejor actor que ha tenido la escena española. Calvo —es muy difícil separar estos dos nombres que llenan una época de nuestro arte escénico— era el arrebató lírico, el cantante mara-

viloso de los versos del "Tenorio" y del "Don Álvaro", el idealismo, la música que nos absorbe y embriaga. Vico era el genio, la inspiración, el maestro por naturaleza que sabía subyugarnos lo mismo con un ademán que con una mirada, con una palabra que con un gesto. Un autor escribía un largo parlamento para que el público comprendiera cuál era el estado de ánimo del personaje. Vico le decía que se podía haber ahorrado aquellos versos inútiles.

—¿Y cómo podría usted expresar sus tribulaciones?— preguntaba el autor.

—Así.—

Y todo se reducía a un balbuceo en la última frase del parlamento anterior, a una estrangulación de la voz, a una pausa, a un ademán, a una sacudida.

Y los versos iban fuera. Nunca se daba el caso de que el autor antepusiera su amor propio a los chispazos del genio de Antonio Vico.

Era único e inimitable porque no se atenia a ningún estilo ni escuela, sino que su único guía era la inspiración y su único maestro estaba dentro de él.

Yo le admiraba tanto, que trabajar con él me parecía un sueño. Y el sueño se cumplió. Apenas tuve ocasión, fuí a pedirle un puesto en su compañía. Me lo dió. También esta vez mi sueldo era irrisorio. Pero ¿qué importaba si trabajaba con don Antonio Vico?

Por si alguna duda pudiera tener sobre las portentosas facultades del maestro, una noche me abrumó y aplastó con su superioridad.

Es una anécdota que recordaré mientras viva.

Representábamos "La Esposa del Vengador". Vico hacía el papel de don Carlos y yo el de Fernando.

En la escena VII del acto segundo, logré el aplauso del público en varios parlamentos.

Hacerse aplaudir en un mutis es relativamente fácil. Arrancar el aplauso en medio de una escena es difícil. Por consiguiente, no es extraño que yo escuchara con emoción y orgullo aquellas demostraciones de simpatía.

Vico estaba en su camerino dando unos toques a su maquillaje. Desde la escena se vislumbraba, allá en el fondo, la puerta de su cuarto, y yo, que casualmente miraba en aquella dirección cuando recibí el primer aplauso, vi cómo asomaba por la puerta el rostro a medio arreglar de don Antonio y cómo dirigía al escenario una mirada llena de curiosidad.

Evidentemente, no le hizo ninguna gracia que un jovencito de veinte años arrancara el aplauso de un público que iba al teatro por verle a él.

Nuevos aplausos y otra vez asomó la cara de Vico por el marco de la puerta. No cabía duda de que su atención estaba más en el escenario que en lo que hacía, pues aun no había acertado a colocarse el bigote que desde el primer momento tenía en la mano.

—Este mocosito —debía de decirse— se está tomando demasiados vuelos.—

Terminó la escena VII y salió don Carlos encarnado en la figura de Vico.

Lo mal puesto que llevaba el bigote me demostró que hasta el último momento había estado pendiente de mi trabajo.

Empezó nuestro diálogo. Y en las primeras frases, cuan-



Enrique Borrás, por Ramón Casas.

do yo menos lo esperaba, en dos versos tan sencillos como éstos:

“...podrá amarte como a hermano,
como a su amante, jamás”

puso tal entonación, acompañó las palabras de una actitud tan impresionante, que arrancó una ovación del público.

En seguida me di cuenta de que el maestro había salido a escena resuelto a anular el éxito del discípulo, pero, lejos de desanimarme por ello, puse todo cuanto sabía y podía en esta réplica:

“¡Sacrifiqué mi quietud
y mi vida por Aurora!”

Fué un grito de pasión y de protesta que llenó la sala.

Y entonces Vico, en un medio tono que ofrecía singular contraste con el que yo había empleado, es decir, sacando partido de mi esfuerzo en provecho propio, dando a sus palabras el matiz que sólo él sabía darles, repuso:

“Se adora porque se adora,
mas nunca por gratitud.”

Y una nueva ovación, mucho más vehemente que la primera, estalló en el teatro.

Me di cuenta de que estaba vencido y de que, teniendo enfrente un rival de la categoría de don Antonio, lo mejor que podía hacer era aceptar humildemente la derrota. Pero Vico necesitaba rubricar aquel triunfo que para mí estaba resultando una lección, y dijo, como yo no he oído decir jamás, los siguientes versos:

“El mal, sólo engendra el mal,
y el deshonor, deshonor,

y ¡a poner vas a tu amor
la traición por pedestal!
¡Quieres su alma conseguir!
¡Quieres llegar a su altura!
¡Al cielo de su hermosura
soberbio intentas subir!
Pues para volar son malas
tus artes, que de entre el lodo,
no sacaron de este modo,
el plumaje de sus alas,
ni la tierna y misteriosa
pasajera golondrina,
ni la alondra peregrina,
ni el águila poderosa.
Cuando toma vida el cieno,
brota el reptil de tal fuente,
y sólo cuando esplendente
el ancho espacio sereno,
de luz, aire y tintas suaves,
engendra un ser a su hechura,
aparece la hermosura
de las plumas y las aves.
Lo juro por esta cruz:
(Golpeando la empuñadura de la espada.)
tu alma pierde a la que adora:
Aurora, como es aurora,
sólo habita entre la luz.”



Una actitud del gran actor en «Don Alvaro o la fuerza del sino».



Así vió el caricaturista Fresno a Enrique Borrás

A cada pausa se escuchaba en la sala un rumor de admiración que era el preludio del aplauso. Pero Vico, que hacía del público lo que quería, y que prefería recoger la suma de las ovaciones parciales al final del parlamento, lo reanudaba en seguida.

Cuando dijo "Lo juro por esta cruz" y se golpeó, con un ademán que expresaba mucho más que sus palabras, la empuñadura de la espada, fué como si una corriente eléctrica pasara por el público, que se puso en pie, no esperando, sino

anhelando, que Vico terminara. Por fin dijo estos tres últimos versos:

"...Tu alma pierde a la que adora:
Aurora, como es aurora,
sólo habita entre la luz."

Y estalló la ovación más larga y entusiasta que he oído en mi vida escénica.

No sé cuántas veces, cinco, diez, tal vez quince, tuvo que avanzar Vico hasta las candilejas para recoger aquel clamor interminable.

Y yo, anonadado, sobrecogido de admiración en el fondo del escenario, inmóvil y mudo testigo de aquel triunfo grandioso, me decía:

"Por mucho que aprendas, nunca llegarás a igualarle, porque eso, Borrás, no se aprende."

Cuando salimos juntos del teatro, con otros artistas de la compañía, don Antonio había olvidado ya lo ocurrido en escena y me trataba cariñosamente.

Y era que, en el fondo, sabía que aquella noche, como siempre, nadie le había admirado tan profundamente como yo.

Y —lo que son las cosas— mi juvenil orgullo, aquel orgullo del que había dado y seguía dando frecuentes muestras, desaparecía en absoluto cuando me encontraba ante el gran don Antonio.

A juicio del maestro, lo mejor que yo tenía era la voz.

—Bien "administrada" —me decía— puede dar mucho juego.—

Y yo recurría a ella para lucirme en cuantas ocasiones se me presentaban.

Recuerdo que en cierta obra don Antonio y yo manteníamos una disputa que iba subiendo de tono hasta que mi última frase era un grito que llenaba el teatro.

Pero la última palabra la decía él, y la decía siempre en una nota más alta, más vibrante, más poderosa que la mía, como el cantante que replica con un re sobreagudo al do de pecho de otro.

Siempre le aplaudían al lanzar aquel grito que en su garganta adquiría una sonoridad patética, desgarradora.

Una de las veces que representamos aquella obra, salí a escena dispuesto a sacar el máximo provecho de mi voz y elevé de tal modo el tono de mi última frase, que Vico, al intentar superarlo, lanzó un "gallo" que anuló el efecto de la escena.

En vez de los habituales aplausos hubo un silencio de perplejidad y desencanto. Y gracias a que era el gran Vico el que estaba en escena, que, de haber sido otro, no se habría conformado el público con guardar silencio.

Toda la noche anduve mohino y cabizbajo, sin atreverme a mirar a don Antonio, pues reconocía que era yo el único culpable de lo ocurrido.

Vico, adivinándolo, me dijo, para tranquilizarme, que la culpa era suya y sólo suya y no se volvió a hablar del asunto.

Cuando volvimos a representar la obra, yo estaba decidido a no extremar el tono de mi frase para que don Antonio pudiera dar su "do de pecho", como decíamos en la compañía, pero antes de levantarse el telón, Vico me dijo en tono terminante:

—Arriba, Borrás. Como la última vez.—

Obedecí y don Antonio remontó mi frase con un grito magnífico que arrancó la ovación acostumbrada.

Pero lo más interesante viene ahora.

Una vez más representamos la obra y de nuevo me dijo el maestro:

—Arriba, Borrás.—

Yo subí como en las noches anteriores, y cuando esperaba su vibrante réplica, me sorprendió con una nota baja, suave, muy inferior en potencia a la mía, pero tan penetrante e intensa como su famoso do de pecho.

Aplaudió el público como siempre y yo me acabé de convencer de que el gran Vico era inimitable, porque si alguien le seguía por un lado, se encontraba de pronto con que él se iba por otro, siempre de la mano de su inspiración y de su genio, que es lo que no tiene imitación posible.

Y voy a terminar mi evocación de aquella gran figura, recordando una imprudencia mía que estuvo a punto de costarle cara.

Yo tenía un puñal magnífico, de filo bien cuidado y punta afiladísima. Lo había utilizado para la escena algunas veces. Y una noche, representando cierta obra en que yo simulaba matar a don Antonio, cuando él estaba en el suelo y a merced mía, el puñal se me escapó de las manos, pasó rozando su sien y se quedó clavado en el suelo.

Me llevé el susto más grande de mi vida.

Y al mismo día siguiente hice despuntar y quitar el filo al puñal.

De esto hace mucho tiempo y todavía me parece estar viendo cómo se demudó el semblante de don Antonio cuando se dió cuenta de que la muerte había acariciado su cabeza, y el temblor que se apoderó de mí al ver pasar el puñal a dos dedos de la sien de mi maestro.

Guimerá y su "Terra Baixa".—Borrás y su "Manelic".

ESTUVE en otras compañías que me pagaban mejor. Hice una temporada en Valencia. La primera actriz era Amparo Guillén. Mi sueldo, sesenta pesetas diarias. Sesenta pesetas en aquellos tiempos era mucho, pero yo gastaba de tal modo, que para regresar a Barcelona me tuvieron que prestar cincuenta duros.

No es que fuera un derrochador. Era sencillamente, que en cuestiones administrativas he sido siempre una nulidad. Lo sigo siendo. Para mí es mucho más fácil montar la obra más complicada, que ir, por ejemplo, al banco a cobrar un cheque.

Cuando me veo obligado a hacer alguna de estas operaciones bancarias, por sencilla que sea, entro en el banco, empiezo a leer los rótulos de las ventanillas y acabo haciéndome un lío. Entonces me quedo plantado en medio de la sala, viendo y admirando el desenfado y seguridad con que el público se desenvuelve y va de aquí para allá, cogiendo impresos, llenándolos y entregándolos en las ventanillas.

Mi perplejidad dura hasta que algún amable empleado me reconoce, me llama y me lo arregla todo sin que yo tenga que preocuparme de nada más.

Los números y los cálculos me aturden. Y ahora ya comprenderán ustedes que, ganando doce duros diarios durante los siete meses que estuve en Valencia, tuvieran que hacerme un préstamo para poder regresar a Barcelona.

Fué entonces cuando estrené una de las obras más características de mi repertorio y di vida a uno de los tipos que más aplausos me han valido en mi carrera escénica. La obra fué "Terra Baixa", el tipo, el de "Manelic".

Apenas hube regresado a Barcelona, Ángel Guimerá, con cuya amistad me honraba, vino a decirme que estaba todo arreglado para que yo estrenara "Terra Baixa" en el Romea.

La obra ya se había estrenado en Madrid y en algunos pueblos de Cataluña, y don Ángel tenía empeño en que se estrenara sin más tardanza en Barcelona, a pesar de que la temporada tocaba a su fin. No lo haría por el dinero, pues había vendido a la empresa del Romea, por dos mil pesetas, el derecho a representar la obra durante aquella temporada y la siguiente. De modo que no ganaría más ni menos por que se estrenara antes o después.

Se verificó el estreno y el primer acto pasó sin pena ni gloria. La frialdad con que aplaudió una pequeña parte del público era un mal presagio. Cuando me retiré a mi camerino vi que Guimerá andaba muy preocupado de un lado a otro.

Yo, en cambio, no me dejaba dominar por el pesimismo. Estaba dispuesto a poner todo cuanto sabía en aquel papel que con tanto amor había estudiado y en aquella obra que nunca envejece.

En el segundo acto, el drama fué entrando en el público, conseguí arrancar el aplauso en una escena y pude ver cómo Guimerá interrumpía sus nerviosos paseos entre bastidores y cómo se despejaba su semblante.

Cuando cayó el telón, estalló una ovación de las grandes, mientras Guimerá me abrazaba y me decía:

—¡Me has salvado, Borrás, me has salvado!—

Viéndome interpretar "Terra Baixa" más de una vez se me ha dicho que hago cosas que están fuera de la realidad.

Y yo he contestado siempre que gracias a eso estoy satisfecho de mi "Manelic" y de otros muchos tipos que he creado guiándome sólo por mi criterio y mi inspiración y sin dejarme influir por nada ni por nadie.

En mi vida escénica he aprendido que el arte dramático no debe ser nunca un calco de la realidad, sino que hay que dar su parte al idealismo. Cuando menos, ese es mi estilo y mi norma. Al estudiar el tipo de "Manelic", no se me ocurrió hacer un viaje al Pirineo catalán para observar a uno de aquellos montañeses, sino que dejé que el tipo fuera tomando forma en mí al calor de la inspiración, mientras mi pensamiento volaba por las tierras altas, allí donde el aire es más puro, el sol más fuerte, el cielo más azul y la vida más sincera y ruda. Y me forjé un "Manelic" que fuera un símbolo de todo eso, un "Manelic" que tuviera, no el frío rigor de la realidad, sino la exaltación y la espiritualidad de un sueño o de una imagen.

En todas mis creaciones he procedido de igual modo. El objetivismo y la observación meticulosa han sido arrollados por la libre inspiración.

Y creo que gracias a eso he podido representar con éxito papeles de gran dificultad —el de "Esclavitud", por ejemplo— en los que se han estrellado muchos actores de fama.



Borrás en «Esclavitud», una de sus inimitables creaciones

Que yo recuerde, sólo una vez, y ésa involuntariamente, he reproducido la realidad sin quitar ni poner nada. Un actor al que yo quería mucho se murió en mi presencia. Pasó el tiempo y cuando yo había olvidado por completo la dolorosa escena, estrené "El Místico". Y en el momento de la muerte, después de haber estudiado y ensayado el papel sin acordarme para nada de mi malogrado compañero, acudieron a mi memoria de súbito y con exactitud prodigiosa todas las contracciones y alteraciones del rostro de mi amigo en los momentos últimos de su agonía. Y, casi inconscientemente, los reproduje con toda fidelidad, con tanta fidelidad, que, según los que me vieron, sólo faltó, para que la muerte fuera completa, que mi corazón dejara de latir.

A ENRIQUE BORRÁS

IN PROMPTU

Surges en este instante como un extraordinario resplandor que aparece después del Centenario de Ayacucho, y a modo de nota final en que al morir la fiesta nace un nuevo Ideal.

¿Qué brilla así? La gloria de España. Un varón fuerte (que eres tú) la ha traído... y ha cantado a la Muerte.

Has traído la gloria de España en este instante; y el campo de Ayacucho tiéndese, palpitante de emoción a tu paso, desdoblándose su alfombra, sobre la que caminas, cual si fueses la sombra de don Quijote... Y luego, con varonil reposo nos hablas... y en los mismos corazones penetras, como si repitieses aquel maravilloso discurso en que se juntan las Armas y las Letras.

Loado tú que así haces que las Letras su gloria vuelquen sobre las Armas. ¡Para ti la Victoria! Tú eres el Arte vivo; logras apoderarte, tornando arte la vida, de la Vida y del Arte.

Y Bolívar, el Genio que amó el Arte y la Vida, al ver que don Quijote vuelve en ti a la aventura te recibe en sus brazos; y a pasear te convida por Ayacucho, en donde —cuando entra tu figura— los agudos clarines prolongan sus alertas y los rancos tambores difunden sus alarmas y, unidos en la gloria con que tú los despiertas, dieciséis mil soldados te presentan las armas...

Tal, por virtud de tu arte —que ilustra sus blasones con las dos fortalezas y con los dos leones— el sol de Carlos Quinto brilla en veinte naciones; a los cien años surge detrás del Condorcunca, renace desde el fondo de nuestros corazones y anuncia por tus labios que no se pone nunca.

Santos Chocano

*Lima, Perú.
25 de enero de 1925.*

Poesía que, a modo de saludo, dedicó el gran poeta Santos Chocano a Enrique Borrás cuando éste llegó al Perú en una de sus campañas artísticas por América.

El debut en Madrid.—

Un éxito inolvidable.

MARÍA Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza —¡qué incomparable actriz fué doña María!— me habían hecho proposiciones para que trabajara con ellos y me las habían hecho en un tono conmovedor que me llegó al alma. Pero no me decidí. Pasó el tiempo. Una noche se presentó en Romea, donde a la sazón trabajaba, Tirso Escudero, el famoso empresario del teatro de la Comedia, de Madrid, y me propuso que fuera, con toda la compañía, a dar una serie de representaciones en catalán en su teatro.

Las condiciones eran ventajosas y acepté sin vacilar.

Debutamos con "Terra Baixa".

Fué para mí una noche memorable por varios conceptos.

Yo que nunca me había dejado vencer por la emoción y que no había experimentado la menor inquietud al encontrarme en Madrid, cuando todo estaba listo para comenzar la representación, empecé a perder la serenidad y la entereza de ánimo, y a qué extremos llegaría mi nerviosismo que se habló incluso de suspender la función.

En un arranque de amor propio, me negué en absoluto.

—Cuando salga a escena, se me pasará— dije con firmeza.

Y así fué. "Manelic" se impuso a Borrás y desde las primeras escenas fui dueño de mí mismo.

Fué un éxito de los que hacen historia.

El público no se contentó con aplaudir; nos aclamó.

Y después, cuando terminó aquella explosión de afecto y de entusiasmo, cuando, con el corazón rebosante de gratitud y de alegría me retiré a mi camerino, unos brazos gloriosos me rodearon: era Galdós.

Y con él estaban Maura, Canalejas, Benavente, Linares Rivas, Cavia y otras personalidades no menos insignes.

Todos me felicitaron efusivamente, todos tuvieron para mí palabras inolvidables.

Ni que decir tiene que Tirso Escudero estaba satisfechísimo.

—Si quiere usted un consejo —me dijo— no ponga ninguna otra obra. Con "Terra Baixa" llenará todas las noches el teatro.—

Pero yo le dije que tenía gusto en dar a conocer una selección de obras catalanas y que siempre estábamos a tiempo de volver a "Terra Baixa" si las demás obras no daban resultado.

Pero estaba seguro de que aquel público que había llenado el teatro al anuncio de "Terra Baixa" lo llenaría también si poníamos otra obra que llevara la garantía de un autor de fama. Por eso al día siguiente anunciamos "Els vells", de Ignacio Iglesias, y el teatro volvió a registrar un lleno magnífico.

Salí a escena y, de buenas a primeras, me hice aplaudir.

—Otra buena noche— me dije muy satisfecho cuando hacía mutis.

Pero he aquí que termina el primer acto, cae el telón y sólo se oyen unos aplausos de cortesía, fríos, de un público que no se ha aburrido, pero que tampoco se ha entusiasmado.

—¿Qué es lo que habremos hecho mal?— me preguntaba cuando esperaba en mi camerino a que empezara el segundo acto.



Enrique Borrás con Miguel Fleta.

Y el empresario vino a contarme algo que equivalía a una explicación de lo ocurrido.

El público no me había reconocido en el viejo Juan y se había quedado esperando mi salida.

En el entreacto, al salir a fumar, algunos espectadores habían consultado los carteles y estaban admirados de que

hubiera conseguido una transformación tan absoluta, un cambio que no se reducía a la indumentaria y a la caracterización, sino que llegaba al espíritu del personaje, a la voz e incluso al sistema interpretativo.

Yo me preguntaba si todo aquello no sería una fábula que Escudero se había inventado para consolarme, pero

en el segundo acto me convencí de que había sido sincero, pues volví a oír los aplausos calurosos de la noche anterior.

Y en las noches siguientes, lo mismo.

Corta fué la estancia de la compañía en Madrid, pero el éxito y el negocio superaron a todo lo previsto.

Desde que regresamos a Barcelona, Escudero no tuvo más idea que la de volverse a llevar.

Yo tenía en Barcelona ciertos compromisos y en modo alguno quería dejarlos de cumplir.

Pero el empresario madrileño no cejaba en su propósito. Hizo viajes con el único fin de convencerme e incluso llegó a decirme que estaba al borde de la ruina y que sólo yo podía salvarle.

Tanto interés, aquella fe que demostraba tener en mí, llegaron a conmoverme. Le prometí hacer todo cuanto estuviera en mi mano para obtener el consentimiento de los que me habían contratado previamente, pero éstos no querían soltarme de ningún modo.

Yo dije a Escudero lo que había y éste regresó a Madrid no sin antes decirme:

—Si cambia la situación, no vacile: véngase en seguida.—

Y la situación cambió.

Un incidente desagradable me decidió a coger las maletas.

Y reaparecí en Madrid con "El adversario". La primera actriz de la compañía era Rosario Pino.

Fué uno de los éxitos que más me han enorgullecido, porque el personaje fundamental de la obra es tan difícil como el de "Esclavitud" y muchos actores han intentado darle vida sin conseguirlo.

Dos temporadas seguidas hice en Madrid. Después, hallándome de "tournée" con aquella actriz notabilísima que fué Carmen Cobeña, se me ofrecieron dos con-

tratos para América. Acepté uno de ellos y, por primera vez y plétórico de juventud y de optimismo, me lancé a través del Atlántico.

América

UNO de los contratos que me ofrecieron consistía en una temporada de trabajo a cambio de la bonita suma de treinta mil duros y viajes pagados. En el otro, mi sueldo era de 750 pesetas diarias, 300 francos por cada sesión vermouth y el veintidós y medio por ciento de las ganancias.

Acepté este último. Empezamos por Buenos Aires, después fuimos a Rosario y finalmente a Mendoza. Cuando terminó la temporada y con ella mi compromiso, habíamos ganado cerca de ochenta mil pesos.

Casi la cuarta parte de esa suma era para mí, lo cual, unido a mi gran sueldo, y aunque yo seguía administrándome tan mal como de costumbre, me permitió, mejor dicho, me obligó a volver a España con una fortuna.

Tan buen recuerdo dejó en mí aquella campaña, que después de permanecer aquí el tiempo preciso para hacer una rápida "tournée", emprendí de nuevo la travesía del Atlántico.

Mi llegada a San Juan de Puerto Rico, donde había de comenzar nuestra expedición artística, fué apoteósica.

Pero escuchen ustedes, que la apoteosis tiene miga.

Una comisión subió al buque a darme la bienvenida. Reverencias, discursos y hasta el ramo de flores ofrecido por una bella portorriqueña.

—¡Qué galantes son estos americanos!— me iba diciendo cuando me dirigía al pontón para desembarcar.

Y aun no había puesto el pie en el muelle, cuando me sobresaltó, por lo inesperada, la ovación más grande y entusiasta que he escuchado en mi vida.

Me aplaudían, me daban vivas, me saludaban agitando pañuelos y esto hacía, no un grupo de veinte o treinta, sino una multitud que llenaba el muelle.

Mi representante en América, ante la cara de sorpresa que puse, se creyó en el caso de explicarme:

—Es el pueblo que saluda a Enrique Borrás.

—¡Pero si está aquí todo Puerto Rico!— dije sin salir de mi asombro.

—No podrá usted quejarse, don Enrique— replicó mi representante.

—¡Al contrario, hombre, al contrario! Me parece demasiado.

—Usted merece eso y mucho más.—

Buena parte de mis admiradores nos acompañó hasta el hotel.

Y yo, por el camino, me iba preguntando de dónde demonios me habría venido aquella popularidad y aquella idolatría en un país donde jamás había puesto los pies.

Pero no había duda posible, no era una ilusión mía: allí estaba el pueblo que me aclamaba, que lanzaba un viva tras otro, que me ensordecía con sus aplausos.

Ya en el hotel, tuve que salir al balcón para agradecer por última vez aquellas demostraciones de cariño, y me retiré a mi habitación para descansar.

Entonces pude ver que un individuo se paseaba por de-



Borrás en «Els vells», una de sus más famosas creaciones.

lante de la puerta de mi cuarto dando muestras de impaciencia.

Me pareció que me miraba de un modo especial, pero no hice caso.

Sin embargo, los pasos del desconocido seguían resonando en el corredor con tal insistencia, que llegaron a molestarme.

Abrí la puerta.

—¿Desea usted algo de mí?— le pregunté.

—No, señor, no.—

Y siguió paseando.

Yo me había retirado con la esperanza de que se habría dado cuenta de que me estaba molestando y se marcharía. Pero como seguía paseando y paseando con la perseverancia del que se propone batir un récord, volví a llamarle la atención, esta vez más claramente.

—¿Qué hace usted aquí?— le pregunté.

—Espero a un señor.

—¿Y no puede esperarlo en otra parte?

—No, señor.—

Me pareció que me estaba tomando el pelo.

—¡Ea! —exclamé—. Ahora mismo me va a decir usted quién es y a quién espera.—

Y ante mi actitud amenazadora, el desconocido se apresuró a explicarme:

—Espero a su representante. Soy el jefe de la *claque* que ha organizado el recibimiento y mi gente quiere cobrar en seguida.—

Entonces lo comprendí todo.

Había sido una apoteosis fabricada.

Un pintoresco descendiente de los aztecas

AQUEL segundo viaje a América no fué el último. Aun hice dos más. Sólo buenos recuerdos tengo del Nuevo Mundo. En todas partes me acogieron con cordialidad, me aplaudieron con simpatía y me permitieron hacer magníficos negocios. ¡Qué pocas veces no halló nuestro esfuerzo una compensación material! Y si alguna vez, por excepción, el negocio fué mal, hallé el aliento y el consuelo en la cordialidad y la simpatía de los que me rodeaban.

Mis campañas teatrales abarcaron nueve repúblicas hispanoamericanas: Perú, Bolivia, Panamá, Chile, Cuba, Puerto Rico, Uruguay, Méjico y Argentina.

De todas ellas tengo recuerdos gratísimos y en todas he dejado amistades de las que no se olvidan.

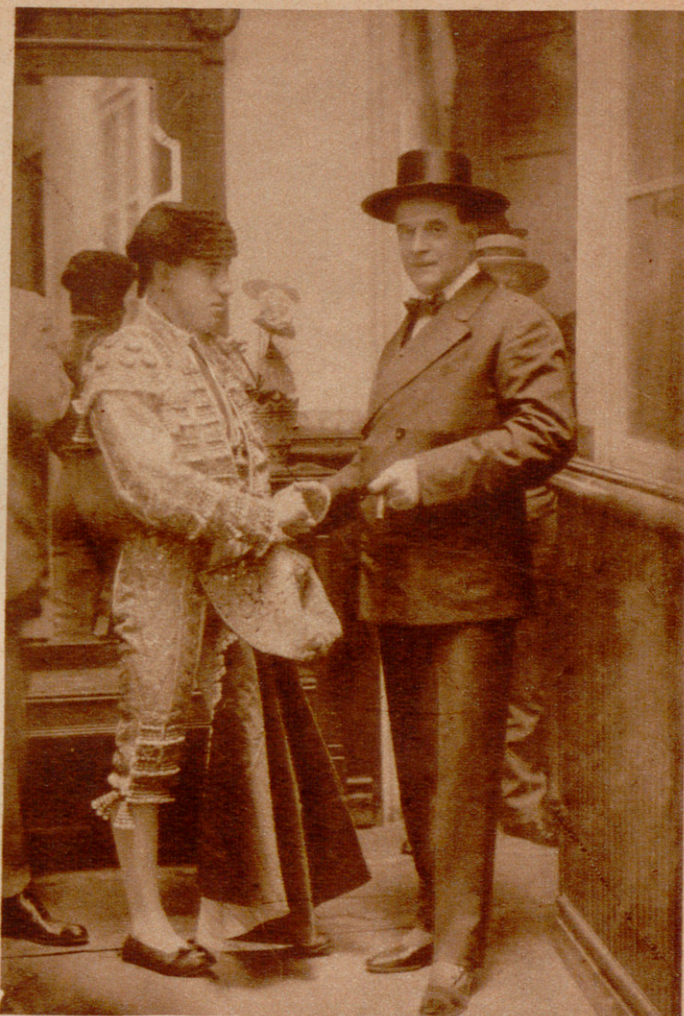
¡Cómo me querían en Méjico!

Todo el personal del teatro se preocupaba de mi bienestar más que del propio. Me trataban como trata una madre a un hijo mimado.

Un día me vieron sudar y a las pocas horas habían instalado en mi camerino un ventilador. No sé de dónde lo habían sacado. Probablemente procedía del departamento de contaduría.

Era un ventilador algo viejo que hacía tanto ruido como aire.

Doy este insignificante detalle, porque ahora, al nombrar el ventilador, me viene a la memoria una anécdota interesante.



Borrás y Belmonte cambiando un saludo en un hotel de Salamanca donde coincidieron en su constante ir y venir por los escenarios y las plazas de toros de España.

Representábamos "El Alcalde de Zalamea" y entre los comparsas que habíamos contratado figuraba uno que atrajo desde el primer momento mi atención, no sólo por la extraña forma en que iba vestido, sino por su cara expresiva, de facciones duras y piel bronceada, y su figura alta y delgada. Parecía un cuadro del Greco.

Al llegar a la escena en que yo, tendido en el suelo, recibía las amenazas de Rebolledo, el cual mantenía la punta de su espada sobre mi garganta, oí un extraño rumor entre bastidores, muy cerca de mi cabeza.

—¿Será el ventilador?— me pregunté.

No habría tenido nada de particular que algún empleado del teatro, en uno de los extremos de solicitud a que tan acostumbrado me tenían, hubiera hecho lo necesario para traer hasta allí el ventilador y proyectarlo sobre mi cabeza.

Pero no, no era el ventilador. Era algo extraordinario que yo, debido a mi posición, no podía ver.

En cambio, Rebolledo, que miraba hacia el lugar de donde el rumor procedía, lo estaba viendo todo, y debía de ser algo grave, porque el actor no daba pie con bola y a cada dos palabras susurraba un "¡don Enrique!" que equivalía a un grito de socorro.

Bien porque el ruido se fuera acercando, bien porque yo aguzara el oído, el caso fué que pude identificar el rumor.



Una certera caricatura del gran actor, por Aristo Téllez.

Era una voz de hombre. Voz de marcado acento mejicano que dirigía a Rebolledo terribles aménazas. Mezclando con las palabras toda clase de epítetos indígenas, exigía de Rebolledo que me dejara en paz y le anunciaba una tanda de palos para cuando lo cogiera por su cuenta.

Comprendí que se trataba de alguno de los incultos comparsas que se había sugestionado y tomaba por hechos reales las escenas del drama.

Terminó, por fin, aquella que había provocado la indignación del indígena y Rebolledo, que tenía que hacer mutis precisamente por donde se oía la voz del mejicano, salió de estampía en dirección opuesta.

El indígena, en el que en seguida reconocí al singular tipo azteca, se lanzó en pos de Rebolledo sin preocuparse de que para ello había de cruzar el escenario.

Llevaba en la mano un palo de grandes dimensiones y lo blandía sin cesar de proferir amenazas.

El perseguido logró llegar a su cuarto y encerrarse en él, y desde escena pude oír los golpes que descargaba el indígena en la puerta con su descomunal garrote.

Terminado el acto, el empresario había intervenido y el indígena había vuelto en sí de su arrebato. Me lo encontré en un rincón, encogido y asustado ante las amonestaciones que le dirigían.

—Déjelo —le dije al empresario—. Este hombre tiene temperamento de artista. De otro modo, no habría podido sugestionarse como lo ha hecho.—

Y, dirigiéndome al indígena, le pregunté:

—¿Quieres algo de mí?—

Y cuando yo esperaba que me pidiera un puesto en la compañía, me salió con que lo único que le interesaba era que le pagaran los diez reales que le habían prometido

porque tenía la garganta seca y quería remojarla con unas copas.

Fué, con el del recibimiento organizado en San Juan de Puerto Rico, el segundo desencanto que recibí en América.

Aquel hombre de aspecto tan interesante y que me parecía dotado de un temperamento de artista, me resultó un ser vulgar e inculto cuya única aspiración consistía en beberse unas copas.

Otros recuerdos de América.—

Las cosas del gran Rusiñol.

ESTABA a punto de emprender uno de mis viajes a América, cuando me encontré con Rusiñol.

Salió a relucir mi próximo crucero y el nombre de Martínez Sierra se mezcló en la conversación.

El autor de "Canción de Cuna" no conocía aún América y tenía grandes deseos de ir. Le propuse que viniera conmigo de director artístico y no se decidió.

Rusiñol me escuchaba sin que al parecer le importara gran cosa lo que le estaba contando.

Por eso me dejó perplejo esta respuesta:

—Si necesitas un director artístico, aquí me tienes a mí.—

Lo había dicho con la misma naturalidad que si me propusiera dar un paseo en barca por el puerto.

—¿Lo dices en serio?

—Y tan en serio.

—Mira que nos vamos dentro de unos días.

—¡Como si quieres que nos vayamos ahora mismo!

—Entonces no hay más que hablar.—

Si extraordinario era el gran pintor y escritor en sus decisiones, no lo fué menos en su desempeño del cargo de director artístico.

Gracias a él, la travesía nos pareció un soplo.

Él fué el gran animador del viaje. Todos, tripulantes y pasajeros, girábamos en torno suyo como satélites. Él lo organizaba, inventaba y dirigía todo.

Hasta simulacros de corridas de toros hubo en el buque. Ni que decir tiene que el primer espada era Rusiñol, a pesar de que sus magníficas barbas no le daban un aspecto muy torero.

Pero cuando su carácter se manifestó plenamente fué cuando comenzó a desempeñar sus funciones de director artístico.

Llegamos a Buenos Aires con el tiempo muy justo. El día del debut se echaba encima.

—Debemos comenzar inmediatamente los ensayos— dije a Rusiñol.

—¡Claro, claro!—

Y me fuí al teatro con toda la compañía.

Rusiñol no venía con nosotros.

—¡Id delante, que yo voy en seguida— me dijo.

Pero lo que vino fué un recado indicándome el sitio donde el autor de "El místico", me esperaba para tomar vermut.

Cuando lo estábamos tomando me explicó los planes que había trazado para pasar una noche agradable.

El último número del programa coincidía con la salida del sol.

—Yo creo —repliqué— que debemos acostarnos después de cenar para levantarnos mañana a buena hora. Tenemos mucho trabajo.

—Claro que hemos de cenar antes de acostarnos. Pero ¿qué hora es para ti la de la cena?

—Las nueve.—

Se echó a reír.

—¡Pero, hombre! Eso es el desayuno.—

En resumidas cuentas, que yo me fui a dormir después de cenar y que mi director artístico vió salir el sol en la calle.

Le acompañó un actor de mi compañía, Cantalapiedra, que llevaba una vida a lo Verlaine, por lo que Rusiñol simpatizó con él desde el primer momento.

Debutamos sin que mi director artístico apareciera por el teatro.

En un abrir y cerrar de ojos quedó el escenario desierto. Todos se fueron a saludar a don Santiago.

Unas carcajadas me indicaron que les estaba contando algo gracioso.

La gracia estaba en que el portero se había negado a dejarle entrar.

—Le he dicho —explicaba Rusiñol— que soy el director artístico de la compañía y se ha echado a reír. Menos mal que un empleado me ha reconocido y he podido entrar. De lo contrario, me habría sido imposible cumplir mis funciones de director. Eso es lo que le pasa al que quiere trabajar.—

A la media hora seguía absorbiendo Rusiñol la atención de la compañía.

Tuve que decirle.

—¿Podemos seguir ensayando, señor director?



Borrás con Rusiñol, Federico Oliver y otras personalidades, después de una representación de «Terra Baixa».

Una semana después, hizo su primera visita al coliseo. Estábamos ensayando, mejor dicho, terminando de ensayar, porque la tarde tocaba a su fin.

Sin duda acababa de levantarse.

Entró en el patio de butacas y se sentó sin decir nada a nadie.

Se oyó una voz de súbito.

—¡Ahí está don Santiago!

Y la noticia corrió como reguero de pólvora.

—¡Ha venido Rusiñol!

—¡Don Santiago está en el patio de butacas!

—Ya lo creo.—

Cantalapiedra, que había terminado, se quedó con él.

Apenas habíamos reanudado el ensayo, Rusiñol exclamó:

—¡Muy bien, muy bien! Es una interpretación primorosa. Hasta otro rato, señores.—

Y se fué con Cantalapiedra para no volver hasta que hubieron transcurrido quince días.

Si alguna vez le daba por madrugar y se levantaba a media tarde, se dedicaba a gestionar la venta de los cuadros que había llevado consigo.

Los vendió todos.

Además, en pocos días se hizo popular en Buenos Aires. Le dieron banquetes y le dedicaron toda clase de homenajes.

Un día decidió dejarnos y regresar a España. Se había puesto enfermo. Necesitaba una temporada de descanso.

La compañía no advirtió la falta de su director artístico.

Pero al gran Rusiñol, a aquel ejemplo vivo de simpatía y generosidad, todos lo echamos de menos.

Recuerdos sueltos

LEGAMOS a los momentos en que mi biografía va perdiendo interés.

He logrado todas mis aspiraciones. Soy un hombre feliz. Y la felicidad no es interesante. Todos los recuerdos que acuden a mi memoria a partir del punto en que ha quedado mi biografía, adolecen de una monotonía adormecedora. Un éxito, otro éxito. Un estreno, otro estreno. Una "tournée", otra "tournée". Hoy actúo aquí y mañana allá. No visito nuevos países, que ya he recorrido casi todos los de habla española. Ninguna sorpresa. Ninguna novedad. Soy un actor solicitado y trabajo continuamente. Gano dinero. Gasto mucho, pero no puedo gastarlo todo. Así voy amasando una fortuna que me permite mirar sin temor al futuro.

A veces hago un mal negocio, pero esto ocurre de tarde en tarde. Y si hoy pierdo uno, mañana gano cuatro.

Y en medio de tanta felicidad y de tanta monotonía, alguna anécdota pone un grano de pimienta en mi historia.

Ahora me vienen a la memoria un par de salidas de Manolo Vico.

¿Quién no lo ha oído nombrar?

Manolo, aunque por distintas causas, ha conseguido hacerse casi tan famoso como su padre.

Una vez coincidimos en Salamanca Belmonte y yo. Conociendo nuestra amistad, un fotógrafo esperó a que estuviéramos juntos y nos retrató dándonos la mano. Hasta aquí nada de particular. Yo fui a ver torear a Juan y Juan vino a verme trabajar a mí.

Al día siguiente, por la tarde, cuando me encontraba ensayando en el teatro, se presentó Manolo Vico.

—¡Don Enrique!

—¡Hola, muchacho!

Nos abrazamos efusivamente.

Los que saben la admiración que yo sentía por don Antonio, no se extrañarán de que la presencia de su hijo me conmueva.

Su amena conversación nos absorbió a todos y charlando estábamos, cuando llegó el fotógrafo con el retrato que me había hecho la tarde anterior con Belmonte.

Manolo Vico se apoderó de una de las pruebas, la contempló y dijo muy serio:

—Es un plato exquisito.

—¿Cómo un plato?— le pregunté.

—¡Claro que sí, don Enrique! Aquí está el seso (por mí) y aquí los riñones (por Belmonte).—

Reímos el chiste, dándolo por completo y terminado, pero Vico añadió:

—Y aun sabría mejor si estuviera yo ahí, porque entonces habría sesos, riñones y "asaúra".—

El final de la entrevista fué que Manolo Vico me dijo que necesitaba trabajo.

—Yo quiero trabajar con usted de lo que sea.

—De actor, hombre, de actor —contesté—. Estás contratado desde este momento.—

Y desde aquel día el glorioso apellido figuró en mi compañía.

Manolo Vico no tenía ropa, pero eso no era ningún obstáculo para él. Se ponía la mía y después iba diciendo a los actores de la compañía que ninguno de ellos tenía un guardarropa tan bien surtido como el suyo.

Recuerdo que una noche representábamos "El Gran Galeoto" con el don Julián interpretado por Vico.

Yo, caracterizado de Ernesto, estaba en mi camerino charlando con Unamuno y otra personalidad. De pronto, llegó el simpático Vico a saludar a mis visitantes y les recomendó que salieran a verle interpretar las últimas escenas de la obra.

—¡Eso estaba pensando! —repuso don Miguel—. ¡Con el llenazo que hay!

—Créanme ustedes y verán cosa buena. Esta noche estoy decidido a echar el resto. De ésta, don Enrique me aumenta el sueldo y me contrata para toda la vida.—

Unamuno, con su habitual franqueza, le dijo que le dejara en paz, pero Vico insistió con tanta tenacidad y vehemencia, que, por fin, mis ilustres amigos decidieron sacrificarse.

Tan lleno estaba el teatro, que tuvieron que cederles los músicos dos sillas de la orquesta.

A mí había llegado a intrigarme. ¿Sería que le había tomado gusto al teatro y estaba verdaderamente dispuesto a dar la campanada?

Y llegó la escena en que yo había de preguntarle "Pues bien: ¿qué quiere usted?", y él había de contestar: "¡Hechos!"

Pero cuando le hice la pregunta, él exclamó en el tono más vibrante:

—¡Tu sueldo!

A duras penas pude seguir dando a mi papel la debida seriedad. Estaba acostumbrado a sus "morcillas", pero aquella, lanzada en lo más dramático de la escena y después de tantos preparativos, era más de lo que podía esperar.

Y es que Vico soñaba con mi sueldo.

Más de una vez me decía:

—¡Vaya sueldazo que debe de tener usted, don Enrique! Es lo único que a mí me hace falta para vivir tranquilo.—

Al hablar de dinero, acude a mi memoria una anécdota de Panamá.

Me he referido ya a mis buenos negocios. Ahora he de hablar de uno malo.

Malo es poco: pésimo. Llovía torrencialmente y sólo un puñado de heroicos panameños se aventuraba a venir al teatro a vernos trabajar.

Las lluvias no cesaban y pasaban las noches sin que en taquilla se recogiera ni siquiera el dinero de los gastos.

Por fin, decidimos levar anclas y cuando empezamos a ofrecer las acostumbradas propinas entre la servidumbre

Café, una plaza de mérito, una joya de la palabra y de la idea en un juego de continuado malabarismo. Se nos hace ver en esa

millas, y premio al autor y a sus personajes con reiterados aplausos.

JOSE MARIA JUNYENT

AUDICION MUSICAL EN LOS BOSQUES DE CALDAS DE MONTBUY

Sesión insólita y sin precedentes fué la que tuvo efecto en los bosques que posee la Excelentísima Diputación de Barcelona, junto a la Granja Experimental de Caldas de Montbuy.

Un grupo de excursionistas, para festejar el día de su Patrón, San Bernardo, tuvo la feliz idea de celebrar en pleno campo, de noche, y alumbrados exclusivamente por hogueras, el estreno de una considerable obra del maestro Elisardo Sala, creada con el fin de amalgamar el espíritu bucólico que alienta a los excursionistas, con el lenguaje musical que en este caso glosa maravillasamente con los naturales medios que son la voz humana y la danza.

«Cantem la muntanya», que así titula su partitura el maestro Elisardo Sala, es una obra de grandes dimensiones, ya que su ejecución completa dura hora y media, y está concebida con moldes nuevos, dado el fin a que se la destina. Así que no sabemos si incluirla en la forma «suite campestre» o mejor en la que marca rumbos al «Oratorio». Por ser representable, intervinieron números de danza, y también porque un cronista va relatando las escenas en persuasiva forma poética, nos inclinamos a encuadrar «Cantem la muntanya» como un derivado del Oratorio.

Sea como fuere, la obra es buena porque mantiene el interés y deleita interesadamente en tan largo espacio de tiempo como representa hora y media de música expresado con limitados medios. Solamente, en lo instrumental, se recurre a las armónicas y acordeones que dan a la obra un marcado sabor campestre, no descriptivo, sino verídico. Las voces se expresan en diversas formas polifónicas de carácter coral y también dúos y arias conceden variación al desarrollo conceptual de la partitura.

Elisardo Sala obtuvo un gran éxito como autor y como director de esta importante obra que se estrenó en tan favorable y original ambiente. La entusiasta ova-

ción alcanzó así también a los solistas Angeles Sirera, Rosario Grifó, Cayetano Renom, Juan José Escoto y Manuel Costa.

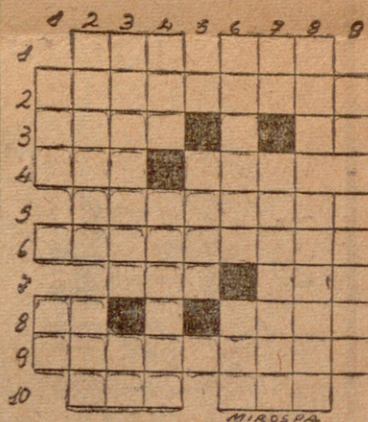
Igualmente recibieron el agasajo público los acordeonistas que dirige Pepita Sellés; los componentes del conjunto de armónicas «Santa Fe»; los «Cantaires del U.E.C.» y el «Esbart del Orfeo de Sans», que con su esmerada labor concedieron mayor brillantez al acto.

M. BORRAS DE PALAU

CRUCIGRAMA

POR MIROSPA

NUMERO 3.666



HORIZONTALES: 1. Gracia. Fracción de tropa regular marroquí al servicio de una nación europea. — 2. Tumor superficial e indolente. 3. Personaje bíblico. Existe. — 4. Río de la Galitzia. Título etíope. 5. Estafadora. — 6. (Al rev.) Dícese también de las italianas. — 7. Animal plantigrado. Apellido de un escritor español. — 8. Forma del pronombre. Anual. — 9. Carga de una carreta o carro. — 10. Posesivo. Fiera.

VERTICALES: 1. Acusativo plural del pronombre. Lengua. — 2. Composición de música. Personificación de los Estados Unidos. —

CINE FORUM

El pasado martes día 17, fina-

"El Correo Catalán" día 19 de Juny 58

LA MUERTE DE FRANCISCO COSTA

Falleció ayer noche, en nuestra ciudad

Con él, la música española ha perdido a uno de sus más grandes violinistas

A las ocho y media de la noche nos llega a la Redacción la fatal noticia. Francisco Costa, el gran violinista catalán, ha muerto.

En esta hora, en que con sincero dolor hemos de esforzarnos en el revivir presente de lo que, ya desde hoy, era Costa como artista y como hombre, no resulta fácil para el crítico esa tarea de trazar, con la urgencia que la prensa lleva aparejada, la semblanza mejor y más fiel sobre el famoso artista. Atravesamos ahora por ese instante en que nuestra memoria, serena y exacta en la vigilia, tórnase oscura por el tropel de cosas y más cosas que desde el inmediato o lejano pasado, surgen en el primer plano de la conciencia.

Francisco Costa fué un gran artista. Y empleando aquí el término en el más riguroso significado, tal vez con ello estuviera dicho todo. Todo aquello que el adjetivo «grande» puede decirnos, más allá de su generalizado uso, para salir casi siempre del paso en cualquier circunstancia de la vida.

Barcelonés de nacimiento, vio la primera luz en 1891. En la Escuela Municipal de Barcelona, fué discípulo del maestro Ibarguren, uno de los mejores maestros del violín que el citado centro docente ha tenido en la plantilla de sus profesores.

Pero ya desde muy joven, Costa había de imponerse por ese sentido apasionado con que hubió de demostrar su capacidad amplia y, a pesar de todo, exigente y disciplinada. Por ello, el Ayuntamiento de nuestra ciudad le pensionó para que se trasladara a Bruselas, en cuyo Conservatorio, mundialmente famoso, había de ser el aventajado discípulo del célebre Alfred Marchot. No habían de verse defraudadas las facilidades del Consistorio Municipal, ni las atenciones del profesor Marchot, ni, tampoco, las ilusiones del joven Costa. Finalizados en la capital belga sus estudios, obtuvo el primer premio del Conservatorio. Su carrera, quedaba ya en la base de una perspectiva lisonjera de éxitos y de inmediata proyección.

Costa debutó como solista en 1914, en un memorable concierto, con el insigne maestro Enrique Granados, en que se dió la primera audición de «Goyescas». A partir de este momento, actuó ya interrumpidamente como solista en los célebres conciertos dirigidos por el famoso director francés, Pierre Monteaux, en Dieppe, realizando buen número de «tournées» en las principales ciudades de España, Argentina, Uruguay, Francia, Bélgica, Egipto, Turquía, Marruecos, etc.

¿Cómo fué Costa en cuanto a artista? Si hubiéramos de juzgarle desde un punto de vista retórico y puritano, con las exigencias minuciosas de los espíritus mediocres y académicos, tal vez podría hablarse de su proverbial descuido, de su incesante improvisación en el estilo. La bohemia que en determinados círculos le acusó como un genio sin medida y con elemental ausencia de ponderación, es necesario que la pongamos ahora de manifiesto, en este momento, para negarla rotundamente. Porque ese descuido, ese esperar todo de sus propias posibilidades, no pasa de ser una acusación simplista y sin sentido.

ESTA ES LA HORA EN QUE DEBEMOS HACER JUSTICIA

En la génesis de la creación estética, jamás puede hablarse de dosis ni medidas. Y esa creación estética la tuvo Costa en todo momento, poseyéndola hasta el más alto grado. En él, era el estigma irrecusable de una profunda humanidad. Porque no fué el artista dominador de un saber, sino un hombre que sintió el arte hasta la última de sus consecuencias. Se le confundió muchas

veces esa humanidad, por una bohemía inútil.

trach. En esta tarea, siempre atento a los nuevos valores del violín, puso todo su amor de hombre y sus facultades de artista.

Gran trascendencia ha significado para todos nosotros esta muerte. El empresario, don Alfonso Sanz, me contaba que el sábado, a las diez de la mañana, cuando Costa permanecía ya casi inconsciente, recibió la llamada telefónica de su enfermera. «El maestro me encarga le diga que no olvide hacer cuanto pueda por

Le conocí hace años, cuando empezaba yo a frecuentar los conciertos en nuestra primera sala de audiciones. Hasta incluso llegué a tratarle. No era lo que se dice un filosofo de la música, porque eso, en rigor, no es necesario para un artista. Pero en su personalidad de artista excelso, palpitaba la actualidad de aquella sabiduría y olvidada sentencia de Nietzsche, según la cual hemos de captar la belleza de la Naturaleza con la óptica del artista, pero el arte con la óptica de la vida. Nada más justo para definir a Costa.

De acuerdo con ese sentido jamás abandonado, de referir el arte a la aventura humana, la música de Costa distó muchísimo de ser fría y racional. Recuerdo las audiciones que ofreció al público, acompañado al piano por Blay-Net, Las «Sonatas» de J. S. Bach, la «A Kreutzer», de Beethoven; la de César Frank, las pequeñas piezas de Tartini, Paganini, Sarasate, Dvorak y Cartier. En todas ellas, por encima de una técnica, presenciábamos siempre la cara inspiración del momento. Porque Costa no interpretó jamás la música como un frío y racionalizado saber lógico. La sintió siempre como algo que se da en un momento dado, actualizando hasta el fondo la trascendencia y riqueza metafísica de su espíritu. Y puedo afirmar, desde el doble ángulo del crítico y del oyente que jamás hasta el momento se ha escuchado en el Palacio de la Música una versión tan grande, exacta, íntima y profunda como la que nos ofreció Costa en una tarde memorable; ya lejana, del «Concierto para violín», de Mendelssohn.

¿Hasta dónde llegó con su arte? Es evidente que alcanzó las cimas más altas de la expresividad melódica y del virtuosismo. Porque poseyó un estilo propio, inconfundible, profundamente expresivo y aterciopelado. Seriedad y un gusto exquisito. He aquí las constantes elementales de su arte violinístico.

Pero en Francisco Costa —cosa poco común— no se desdobló nunca su calidad de artista, de su personalidad humana entrañable. Fué grande como artista y profundamente humano como hombre. ¿Estuvo aquí el secreto de su integral valor? Sólo así podemos explicarnos la realidad estética y la circunstancia vital de este gran artista. Lo demás, es pura anécdota.

Como intérprete, perteneció por encima de todo a la escuela romántica, de la que fué un consumado intérprete. Beethoven, Schumann, Brahms, fueron siempre sus maestros más queridos y permanentes en la composición de sus programas.

Costa había abandonado desde hace relativamente pocos años, sus actuaciones públicas. Sus últimas interpretaciones fueron las que daba anualmente, casi siempre en el Palacio de la Música, el día de San Esteban. Pero sus actividades artísticas alcanzan hasta pocos días antes de su muerte. Últimamente, actuó como miembro del Jurado calificador en el Concurso «Margherite Long». Y el pasado año formó, también, parte de un Jurado internacional, junto con el gran violinista ruso de la hora actual, David Ois-

aquel violinista que usted sabe. Estas fueron sus palabras, de las últimas que pronunció. En ese momento trágico para los humanos, teniendo junto a sí a la muerte, todavía Costa se preocupaba por sus semejantes. ¿Cabe exigir mayor ejemplo de humanismo? «Gran caballero y gran compañero de todos los artistas. No nos daremos cuenta de lo que ha sido Costa hasta ahora, cuando todo ya es irreparable.» Así ha opinado el señor Sanz, con la tristeza bien patente en el rostro. Y en parecidos términos, el gran tenor Emilio Vendrell: «Ha sido el violinista romántico mejor que yo he conocido. Muy inspirado. ¿Qué momentos aquellos en que se dejaba llevar por su prodigiosa inspiración!», afirma.

También don Jaime Marill, administrador del Palacio de la Música, afirma poco después: «Aparte sus condiciones de excelente violinista, era un hombre humano en grado sumo, en extremo generoso. Siempre que se le pidió alguna aportación altruista, se pudo contar con él.»

He aquí, en resumen, la personalidad humana y artística del maestro. ¿Con qué desolación le recordarán los que fueron sus alumnos en las aulas de la Escuela Municipal de Música! Todos ellos, los oficiales y no oficiales, porque para eso nada importa esa distinción de rango administrativo. Franco, espontáneo, abierto siempre al diálogo, todavía me parece oírle desde su butaca del Palacio de la Música, cuando, bajito, como para consigo mismo, murmuraba al escuchar a un violinista: «Molt bé, aquest és un gat vell. Això es tocar bé e violí. Bona fusta d'artista. Però, ara no m'ha agradat tant.» ¿Qué humanidad la suya! Conmovedora, sincera, sin igual.

Descanse en paz Francisco Costa. Su recuerdo quedará siempre con nosotros, con categoría de perennidad. Que Barcelona sepa honrar su memoria, pues él supo, como muy pocos, hacer partícipes a sus hermanos, los hombres, en el goce de los más altos valores del espíritu.

Ramón Bayot y Serrat



FRANCISCO COSTA

DEL GOBIERNO CIVIL

SECRETARIOS MUNICIPALES

Al alcalde de Murero se le traslada un oficio de la Alcaldía de San- ted, relativo a los haberes de jubi- lación del secretario don Francisco López Merino.

—Al director general de Adminis- tración Local se le remite una ins- tancia del alcalde de B. bierca sobre haberes de jubilación del secretario don Cirilo Urdel.

REG. ENT. APROBADO

Por el gobernador civil ha sido aprobado el reglamento de la Unión General de Trabajadores de Villa- franca de Ebro.

GESTIONES MUNICIPALES

Al ministro de la Gobernación se envía la Memoria relativa a la ges- tión desarrollada durante 1929, por el Ayu. to de Castilizar.

CONCEJALES Y AYUNTAMIENTOS

Al alcalde de El Burgo de Ebro se le remite una instancia de la Al- caldía de Pedrola.

REMISION DE DOCUMENTOS

Al Director General de Adminis- tración Local se le devuelve una ins- tancia elevada por don Alvaro Fe- derico Vigil.

DESLINDES

Al alcalde de Olvés se traslada un oficio de la Dirección General del Ins- tituto Geográfico y Catastral sobre abono de cantidades por deslindes.

A INFORME

Al alcalde de Calatayud se remite a informe una instancia de don Maria- no Tomás que pide su reintegración al cargo de recaudador municipal.

FIESTAS EN LA ALMOLDA

Con el volteo de campanas, el dis- paro de bombas reales y la salida del clásico gaitero, con el enjambre de chiquillos que van tras de él, han da- do principio las grandes fiestas que anualmente celebramos en esta sim- pática villa a nuestra excelsa Pati- na, Santa Quiteria y compatrón, San Urbez, echándose todo el vecin- dario a la calle, pues por un lado el deseo que todos tenemos de divertir- nos, y por la benéfica lluvia con que nuestra santa Patrona nos ha querie- do obsequiar, es más que suficiente para que en todos se manifieste la satisfacción del vivir y disfrutar.

A las siete de la tarde hizo su en- trada, dando serenatas, la banda de música de Cosuenda, que tan digna- mente dirige su director don José, Romea, ejecutando lo más bonito de su repertorio.

Por la noche se quemó la primera colección de fuegos artificiales con- feccionados por don Francisco Vidal, de Montañana, y a la terminación hu- bo baile hasta la una del día si- guiente.

Comenzó el día 22 con los acordes de una hermosa diana y el gran volteo de campanas que pone en movi- miento a todo el vecindario para ir al rosario de la mañana, que hubo de suspenderse por la lluvia que como bendición de Dios nos quiere sa- ludar en estos días.

A las nueve, subida en procesión a la ermita, que dista dos kilómetros y se halla situada en la cumbre de la sierra, que cual centinela está vi- gilando la vida de sus queridos ado- radores.

En la misa, a gran orquesta, interpretó la de Pío X don Salvador Valián, regente de Osera, oficiando en ella mosén José Val, hijo de este pueblo y don Juan Soláns, coadjutor de este pueblo.

Estuvo encargado del sermón el regente de la parroquia, mosén Ma- nuel Jarava, que como está próximo a marcharse, las autoridades y ma- yordomos han querido que por últi- ma vez nos dejase oír su elocuente palabra. Una prueba más del afecto que todos profesamos al sabio y vir- tuoso sacerdote. Este ha basado su oración en la santidad y fortaleza de Santa Quiteria, estando elocuentísi- mo y cautivando a sus oyentes con la galanura con que nos presentó a la santa en sus grandes virtudes de bondad, santidad y fortaleza.

Recibió muchas felicitaciones. La llamada poderosamente la aten- ción la hermosa peana que un grupo de jóvenes del cuadro artístico ha regalado a nuestra santa con el pro- ducto de varias funciones que para tal efecto realizaron.

En otra daremos más detalles.— FRANCISCO SAMPER.

EN LUGAR DE AUTOCRITICA

LA DOLOROSA

La Voz de Aragón 23. mayo 1930.

Esta noche, por la Compañía lírica que viene actuando en el teatro Apolo, de Valen- cia, será estrenada la zarzuela nueva que lleva por título "La Dolorosa", cuya par- titura es original del inspira- dor maestro Pepe Serrano, y autor del libreto nuestro ad- mirado colaborador don Juan José Lorente.

Como es sabido, dicho es- treno hubo de sufrir un apla- zamiento, no muy largo, cier- tamente, con objeto de intro- ducir en la producción de re- ferencia esos pequeños deta- lles que siempre surgen a úl- tima hora.

Que en estas breves líneas, que quieren ser prólogo de la autocrítica de "La Dolorosa", vaya nuestro deseo ferviente de que el triunfo sea clamoro- so y definitivo.

Querido director: Más interesa- do que una autocrítica será, tal vez, para los lectores de LA VOZ, una bre- ve referencia de cómo nació "La Do- lorosa" y de sus valores musicales.

A raíz de estrenarse en Zaragoza "Los de Aragón", una tarde visita- mos el maestro Serrano y yo la Car- tuja de Aula-Dei.

El hermano lego que nos acom- pañaba durante la visita nos explicó, entre otras muchas cosas curiosísi- mas, cómo, todas las noches, los monjes iban al rezo cruzando, en larga teoría, los claustros llenos de tiniebla.

Al oír este relato el maestro se detuvo en seco y me puso la mano en el hombro.

—Juan José, qué momento musi- cal. Hay que aprovecharlo. Piense usted en esto para un libro.

Y de allí nació, a la vuelta de no pocas fatigas y cavilaciones, la zar- zuela que se estrena esta noche en el Apolo, de Valencia. Era muy difícil aproximar al convento una mujer cuya vida estuviera ligada al pasado de algún habitante de la santa man- sión sin rozar el respeto que se les debe a esos lugares de paz y re- nunciamento.

Creo haber logrado el propósito, sin que la ortodoxia más pura pue- da sentirse sobrepasada. Y esto es lo único que me cabe decir del libro antes de que el público lo juzgue.

Respecto de la música puedo per- mitirme algo mayor libertad de

juicio. Dicen cuantos la conocen que es la partitura más brillante y per- fecta del genial compositor valen- ciano.

Estoy de acuerdo con los que así opinan. Y he podido apreciar mejor que nadie el cariño, el esmero, la ilusión que el maestro Serrano ha puesto en ella. Labor lenta, minucio- sa, exquisita, de orífice, que cuida el leve valor de un engarce tanto como de las gemas preciosas.

Las teclas le duelen a este piano del Perelló de tanto ser caricadas o tundidas por el músico prodigioso. No es extraño que la partitura haya salido de sus manos perfecta y ru- tilante como una gran obra de orfe- brería.

Empieza con una romanza de amor, de la que ya puede anticiparse un poco. La otra tarde vinieron a co- mer aquí el presidente de la Audien- cia valenciana, en funciones de go- bernador civil; el presidente de la Diputación, el director de "La Voz Valenciana" y una treintena de ami- gos de estos señores, de Sueca, Al- cira y otras poblaciones cercanas.

Había venido también Emilio Ven- drell, y a ruegos insistentes de todos ellos tuvo que cantar la romanza. Lo interrumpieron por tres veces los olés, los bravos, los verdaderos ala- ridos de entusiasmo de los oyentes que, aunque pocos, sumaban número para poder considerarlos como pú- blico.

Sigue a esta romanza un "uet- to" cómico, en tiempo de jota, que es una maravilla de inspiración reto- zona, de lozanía y de frescura.

Y con una canción de cuna, tier- nísima y bella, y una frase repetida de la romanza, cae por primera vez el telón.

Tiene el segundo cuadro un solo número de música. Un dúo de tiple y tenor, que sabe también a jota. Es de una valentía y de una belleza im- ponderables. La frase que le sirve de motivo es, para mí, la más hermo- sa de esta partitura, en que las fra- ses melódicas están desechadas con verdadera prodigalidad.

El cuadro tercero es puramente musical, y su duración de quince a veinte minutos. Es donde el maestro

se ha "volcado" materialmente. Con los temas que allí desflora tenía ma- teria para cuatro o cinco partituras. Campanas, ronda en la vega, roman- za de barítono, nuevo tema de cam- panas, jota de rondadores, motivo de la romanza inicial, frase del dúo, la nana, otra romanza de tenor... Todo esto anda mezclado y revuelto en el cuadro musical. Con tal arte, tal gracia, tal frescura de inspiración y tal conocimiento de la escena y de los efectos orquestales, que el cuadro resulta un mosaico de incalculable valor lírico y teatral.

El cuadro último tiene poca mú- sica, estrictamente precisa. De la misma factura elegante y de igual riqueza melódica que toda la par- titura.

He prescindido en absoluto de la partitura con el calor y el entusias- mo del enamorado de la Belleza, sea cual fuere su forma expresiva, que ha pasado horas inolvidables viendo surgir, unos tras otros, los valores de esta obra maestra, qui- zá, quizá, la que pondrá más alto el nombre del gran compositor que honra a Valencia y a España.

JUAN JOSE LORENTE

INFORMACION DEPORTIVA

Los próximos acontecimientos atléticos que van a celebrarse en el estadio de Torrero

FUTBOL

EL PARTIDO IBERIA-REAL SO- CIEDAD Y OTRAS COSAS

Sigue el equipo gualdinegro local entrenándose a conciencia con vis- tas a su reaparición del domingo frente, nada menos, a los muchachos de la Real donostiarra.

Y va también en aumento la ex- pectación que el partido ha desper- tado, cosa naturalísima después de la larga "vigilia" sufrida por los afi- cionados.

Aunque nada en concreto se sabe todavía respecto a la alineación del bando forastero, todo induce a creer que será ésta: Izaguirre; Ilundain, Zaldúa; Amadeo, Marculeta, Ayer- tarán; Kiriki, Mariscal, Chofin, Bien- zobas y Yurrita.

Respecto a los campeones de Ara- gón, aún no ha dejado de ser una incógnita el jugador que ocupe el único puesto "vacío" del equipo: el de delantero centro.

Por si no hubiese ya bastantes alicientes con la sola presentación del notable cuadro guipuzcoano, la directiva del Iberia, además de lo- grar que rompan el fuego los infan- tiles del Juventud y otro "once" de su categoría, colocará altavoces en el campo, merced a los cuales se sa- brán noticias del encuentro Barce- lona-Athletic y del que en Madrid jueguen el titular y el Español, si es, claro está, que esta semifinal la ra- dian.

Y aún han hecho más los directi- vos del club decano, para días su- cesivos.

El 29 de este mes, festividad de la Ascensión, y el día 1 de junio, pisará el césped de Torrero la Real Unión de Irún, y para domingos su- cesivos, el Patria, el Deportivo Ala- vés y algún equipo más, probable- mente.

Todo dependerá de cómo respon- dan los aficionados.

EN FONZ

El último domingo jugaron en Fonz el equipo titular y el de Ta- marite, quedando empatados a un tanto.

Las alineaciones fueron: Fonz.—Tolosana; Castán, Bistuer; Lecina, Fumaz, Villanova; Buira, Perostes, Augusto, Fantova y Clusa. Tamarite.—Ríos; Belloc, Grúas; Sanz, Tello, Gracia; Palacín, Puyos, Berenguer, Grúas y Casterlenas.

CICLISMO

REAL CICLIS CLUB ZARAGOZANO

Conforme ya anunciamos, esta en- tidad celebrará el próximo domingo una gran excursión a las murallas de Alagón partiendo del domicilio social, a las seis de la mañana.

La inscripción, lo mismo para los socios que no socios, quedará cerra- da mañana.

NOTAS MI

LA REUNION DE MILITARES EN

Por el Ministerio autoriza la asistencia res, jefes y oficiales dad Militar para asi- unión que la Asociac- Militares de los Es- Norteamérica celebra- ton, los días 2, 3 y 4 de tubre.

CONCURSOS

En Sanidad Milita Medicina: Uno se a mandantes médicos cia facultativa del pe- demia de Ingenieros.

—Otro se anuncia- tes médicos para pr- jefe del Centro Quirú- Tenerife.

En Estado Mayor, cia entre comandante perfección el idioma asistir a los cursos ción en la Escuela S- rra de París. Durar- mero de noviembre septiembre de 1932.

En la Guardia civil entre comandante plaza de primer pro- ción del Duque de A- de Guadías Jóvenes.

Quienes deseen co- inscribirse en la pla- guel, número 13.

PELOTA

UN GRAN PARTIDO

Lo será, indudat- pasado mañana se c- cha del Bajo Aragón.

En él debutará E- do pareja con Mez- "ambos a dos" por- tesi e Irureta I.

COSAS DE

Una novillada

Sin duda alguna- da para el próximo

El debut del nor- klin en una novilla- ción de la que hay la plaza llama de- ción de las gente- gurarse que segui- racha de los llenos Toros.

Zaragoza es, a- dad de España e- al censo de pobla- a los toros y tam- más afición.

¿Cómo se ha l-

Con una fórm- Ofreciendo lo m- poniendo en la e- gramas una bue- die discute.

Ahí está el- Seis buenos mo- var, que mañan- al público, y e- vedad, como Fr- do las plazas e- do, y dos novill- de José Amorós que serán mata- guida.

Y para rema- cer esta novilla- supuesto de gas- a precios tan re- dos pesetas y u-



RENACE LA PRIMAVERA

La Primavera vuelve en la eterna rotación del tiempo. Es la más bella estación del año, pero tiene muchos inconvenientes. El organismo se renueva. En cierto modo se realiza en nosotros el nacimiento de una vida nueva. Para afrontar sin riesgo alguno el cambio de estación es preciso ayudar a la Naturaleza en su tarea purificadora. No temeremos nada si tomamos una bebida refrescante, tónica y suavemente laxante como la "Sal de Fruta" ENO. — El vaso matinal de agua con la cucharadita de ENO forma una deliciosa bebida efervescente, que purifica la sangre y evita todos los trastornos primaverales.



Concesionario:
FEDERICO BONET
Aptado 501 / MADRID

Frasco Ptas. 4,25
Frasco doble... .. 7,50
(Envío y franquicia incluidos)



Nuestros billaristas comienzan a tener fama internacional, y cuando participan en concursos internacionales, saben competir con los mas destacados e incluso vencerlos. Para participar en el match Francia-España, ha salido para Argel el equipo designado por la Federación Española de Billar.

La crisis económica y los cambios políticos que la Gran Guerra determinó en los países que en ella participaron y fueron vencidos, han sido causa de que los ayer poderosos o bien afortunados con la fortuna, pasaran a ocupar el último rango de la sociedad o a quedar en la miseria. Quienes creyeron haber nacido para gozar de la vida sin ningún esfuerzo para merecer este goce, se ven ahora obligados a ganarse el pan de cada día. Tal es el caso de la condesa Haller, que ejerce el cargo de directora de una orquesta de jazz-band en un café-bar de Budapest. (Fot. Vidal)



Aspecto del salón del Centro de Hijos de Madrid, durante el acto.

HOMENAJE A UN MÚSICO MADRILEÑO

Artistas que participaron en el homenaje

El maestro Teodoro San José, falleció cuando aun podrían esperarse de él obras de envergadura que le hicieran ocupar un lugar destacado, entre los compositores españoles, ya que en las que dejó patentizó, sobradamente, además de sus amplios conocimientos musicales, y del dominio de la técnica, su inspiración. Es, pues, merecido, el homenaje que le ha tributado el Centro de Hijos de Madrid (Fots. Vidal)



En el TEATRO NOVEDADES. Formidable éxito del drama lírico, de FEDERICO OLIVER y el Maestro PENELLA, **EL HERMANO LOBO**, por la gran compañía de LUIS CALVO



Una bellísima escena del primer acto, cuando aparece Micer Francisco de Asís (señor Vendrell), en el campamento de «El Lobo» (señor Hertogs)

También los niños prefieren Dens, porque endulza, refresca y perfuma la boca.



Tubo grande, 2 pts.
Pequeño, 1,25
Timbre aparte.

PERFUMERÍA GAL
MADRID. - BUENOS AIRES



SABE A MENTA

Las personas mayores prefieren Dens por lo suavemente que limpia y lo bien que desinfecta; y los niños, por su sabor a menta dulce. Dens ayuda bien a los padres y a los maestros en su labor educadora. Hace que los niños no descuiden la higiene bucal y tengan dientes limpios y sanos.

DENS

Emilio Vendrell, el popularísimo divo, que, interpretando el papel de Francisco de Asís, acaba de obtener uno de sus más resonantes y destacados triunfos

Los eximios artistas Felisa Herrero y Pablo Hertogs, en el hermoso dúo de «El hermano Lobo»

Felisa Herrero, la eminente tiple, felicísimo de voz, de gesto y de expresión, ha obtenido en «El hermano Lobo» un grandioso y merecido éxito



Miguel García, el notable actor, maestro de caracterización, interpretando un bandidero de la partida de «El Lobo»

«El conde de Montsalvat», interpretado con insuperables aciertos por el buen actor señor Cid

Miguel Tejada, como primer actor de la compañía y, especialmente como director de escena, ha logrado en «El hermano Lobo», un éxito tan justo como el de moroso

El notable actor Francisco Sanz, intérprete de uno de los nobles caballeros del drama

«El viejo Borrell», interpretado por el excelente barítono Jesús Menéndez

Pablo Hertogs, el divo barítono, protagonista de la obra. Como cantante y como actor, este joven artista se ha consagrado de un modo definitivo



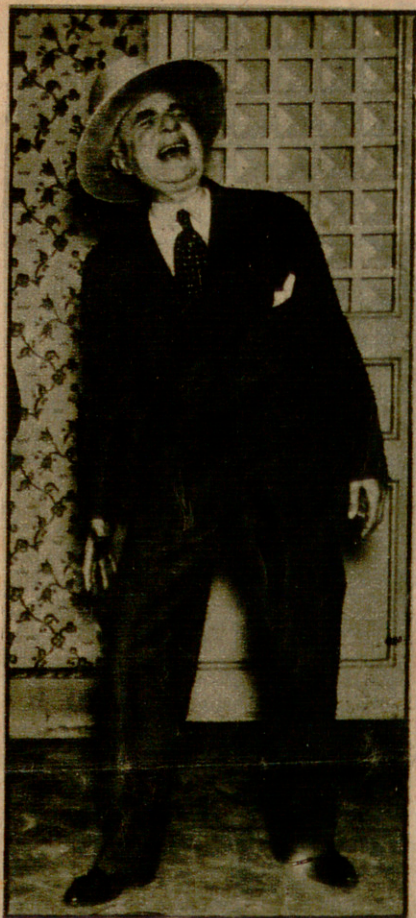
«El Conceller en Cap», que bailó en el celebradísimo actor Juan Baraja, intérprete acertadísimo



Un momento solemne del primer cuadro del segundo acto de la obra. En el ángulo superior derecho, siluetado, el ilustre dramaturgo don Federico Oliver, y el popular e insigne maestro Penella, autores, respectivamente, del libro y de la partitura de «El hermano Lobo». (Fots. Pérez de Rozas)

EL GRANDIOSO ÉXITO DE «AZABACHE»

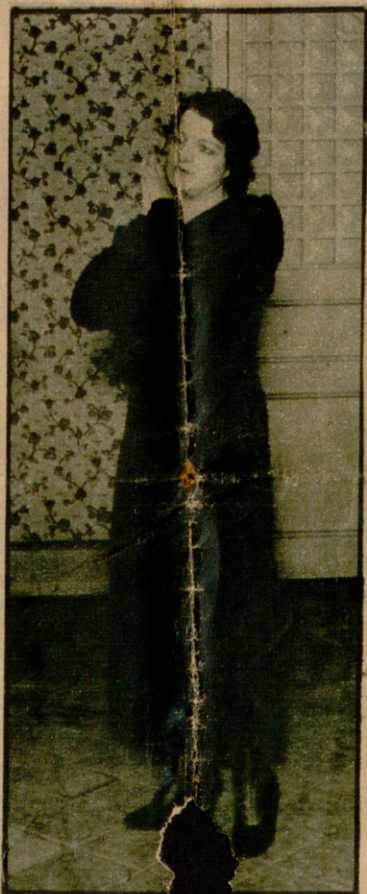
Zarzuela en tres actos, de los señores Quintero y Guillén, con música del maestro Moreno Torroba, por la compañía de LUIS CALVO, en el TEATRO NOVEDADES



MODESTO CID
El señorito que va con los gitanos para reír sus gracias y celebrar sus donosuras



JUAN BARAJA
El protagonista de «Azabache»



MATILDE ROSSY
La «hermanita» de «José Moreno»



ANTONIO PALACIOS
El gran cómico, que interpreta a maravilla «El costurón»



MIGUEL GARCÍA
El «Paniqueso», tipo magnífico de gitano marrullero y amigo de lo ajeno...



**FELISA HERRE
y EMILIO
VENDRELL**
Estupendos intérpretes de los tipos más humanos de la obra



SANTIAGO LLORCA
El viejo sacristán, a quien los gitanos traen loco con sus raterías...



Una de las escenas líricas más interesantes y sugestivas de «Azabache»



CARMEN LLANOS y VALERIANO RUIZ
PARIS
«La Golosina» y «Juan Ortega», los gitanos viejos que se casan después de treinta años de relaciones



**TRINI AVELLI
y MANOLO
RUBIO**
Los salacisimos artistas, «La Puñillera» y «El estayón»



El precioso e inspirado número de los aviadores y las gitanillas



FRANCISCO SANZ
El arrogante «Sargento Román»



CARMEN CERVERA
El chaval que trae y lleva las malas noticias... «El Seniso»



Cuadro final del primer acto de la obra. — (Fots. Pérez de Rozas)



FEDERICO MORENO TORROBA
Ilustre y popular músico, autor de la partitura de «Azabache»



«Azabache» (Juan Baraja), dice las estrofas finales de la zarzuela, dejando en brazos de su rival al amor de sus amores...

LOS ESTRENOS

Tívoli.—«Pel teu amor»

Cuando está ya terminando en el Tívoli la temporada, ensayo del teatro lírico catalán, se ha estrenado una obra que al principio de la campaña hubiera podido animar el cartel y atraer mas público que otras obras que se han estrenado.

Se trata de un sainete lírico dramático (así lo titula el autor) en dos actos original del escritor M. Poal Aragall al que ha puesto música el maestro José Ribas.

La obra obtuvo un éxito franco.

El libro está bien escrito, y el dialogo es movido. Acaso en la construcción de la obra pueda tildarse a Poal Aragall de haber

mas en abundancia viéndose obligados a salir al proscenio muchas veces al terminar cada uno de los actos.

La interpretación, en conjunto, resultó cuidada, destacando en ella la señorita Capdevila y el señor Pedrola.

EN ROMEA

Programa

Ha de
dada

Gran Teatro del Liceo

Hoy, 22.ª de propiedad y abono.
A las 8 y media: La ópera en 4
actos,

Gli Ugonotti

por los eminentes artistas Poll
Randacolo y Lázaro; señoritas
Cassani y Lucci; señores Sarobe,
Melnik y Olazola. Mitro. Padova-
ni.—Mañana, tarde:

El Príncipe Ygor

Lunes, noche:

EL PRÍNCIPE YGOR

empleado procedimientos algo anticuados, pero están bien observados los personajes y está habilmente combinada la nota cómica con la sentimental.

La partitura del maestro Ribas se oye con agrado. No está inspirada en cantos populares y acaso adolece de ampulosidad.

Se repitieron un inspirado dúo cómico, en el primer acto y una romanza sentimental que cantó magistralmente, con arte y exquisita dicción, el señor Vendrell, a quien se tributó una grande y merecida ovación. También se aplaudieron calurosamente otros números y en especial con ari- en la que la señora Bugatto puso emoción, matizándola con innegable acierto. Para ambos artistas y para los autores hubo pal-

9. octubre 1922

Inauguración de la temporada de teatro Lírico Catalán

EL ESTRENO DE «DON JUAN DE SERRALLONGA» CONSTITUYE UN ACONTECIMIENTO

La Empresa del teatro Tívoli hizo una «réclame» inusitada de la temporada al teatro Lírico Catalán; esta campaña no se redujo tan sólo a carteles llamativos, fijados en calles y plazas; las columnas de los periódicos acogieron las controversias sobre el citado género, y ello hizo que despertase la atención de quienes tenían el teatro Lírico Catalán como a cosa propia y de quienes lo miraban antes con indiferencia. Nosotros, que quizá no tenemos por qué agradecer a la Empresa atención alguna, hemos de proclamar bien alto que «Don Juan de Serrallonga» obtuvo en la noche del pasado sábado y en las funciones de ayer, en el teatro Tívoli, un éxito grande y parecido al que obtuviera el drama «L'ánima es meva», de don Angel Guimerá, en el teatro Novedades.

Francisco Pujols, reconocido en las peñas literarias como un positivo valor, ha sido quien ha acometido la difícil e ingrata labor de arreglar en forma lírica el libro de Víctor Balaguer. Francisco Pujols, que, según tenemos entendido, trabaja por primera vez para el teatro, después de haber sentido y demostrado animadversión a él, ha cuidado el «Don Juan de Serrallonga» con todo el fervor posible y ha trabajado sin descanso para lograr su éxito. En la obra de Francisco Pujols se notan, naturalmente, algunas incidencias, propias de quien es novato en el teatro. De los tres actos, el mejor y más vigoroso es el tercero; en los otros dos, y particularmente en el segundo, la acción languidece y en algunos momentos llega a ser monótona. Sin embargo, Francisco Pujols, por el entusiasmo puesto al servicio del teatro lírico catalán y por el éxito que alcanzó, merece nuestra enhorabuena, y justiciaramente se la damos.

La partitura, del maestro Morera, hemos de convenir que es digna del ilustre compositor. Los aplausos continuados, las ovaciones al final de cada acto y la estruendosa ovación que se le tributó al subir el músico eminente a su automóvil son buena prueba del éxito logrado.

Musicalmente, el acto mejor de la obra es el tercero. Este acto fué el que más entusiasmó al público, que en los dos actos anteriores no había llegado a entusiasmarse, a pesar de que los aplaudió con calor. En el primer acto se aplaudió un dúo que cantaron las señoritas Bugatto y Ferrándiz, y se repitió otro, que interpretaron muy bien la Bugatto y Sagi-Barba.

Entre grandes aplausos tuvo que ser repetido el final del primer acto, de gran brillantez y efecto.

En el acto segundo se repitió un dúo de Sagi-Barba y Cornadó.

También se aplaudió el «ball d'en Serrallonga», que de manera admirable interpretó Teresita Boronat, la estupenda primera bailarina del Gran Teatro del Liceo.

En el tercer acto, al éxito del maestro Morera se unió el triunfo formidable del tenor Vendrell, que entre clamorosas ovaciones hubo de repetir su «particella». Era ésta una romanza que cantó con un gusto exquisito.

Luego tuvo que repetir también Vendrell un terceto que canta con la tiple y el barítono.

El triunfo de Vendrell fué quizá el más completo de la noche.

Como decimos anteriormente, al terminar la representación la ovación que se tributó al maestro Morera fué indescriptible. Requeridos por el público se presentaron en el palco escénico, y hubieron de hablar, Vendrell, Sagi-Barba y Cornadó. Se debe que el teatro Lírico Catalán, haya pasado



SE homenaje que, en el día de mañana, y con la presencia de nuestras Autoridades, la Real Academia Catalana de Bellas Artes de San Jorge va a tributar a Apeles Mestres —otrora conspicuo miembro de la misma—, es el primero que se rinde a la memoria del que fué ilustre artista, fallecido ya octogenario, hará cosa de diez años. Es de elogiar ese acuerdo de la docta Corporación, por cuanto, así, los barceloneses renovaremos nuestra admiración y afecto hacia quien tanto prestigio diera a diversas Artes, hasta el punto de ser una de las más representativas figuras de su época entre nosotros. Permitásenos que desde estas columnas le recordemos con mano temblorosa, incapaz, desde luego, de emular a quien, como el presidente de la mentada Real Academia, don Luis Masriera —casi de tan varia personalidad como Apeles Mestres—, a buen seguro nos reserva, para tan solemne velada, una oración llena de agudeza analítica e interés anecdótico.

Las actividades del inolvidable artista eran múltiples: dibujante, poeta, músico, autor teatral. Toda su producción se caracteriza por un mismo anhelo espiritual: el carácter luminoso y apacible que el eximio barcelonés atesoraba. Uno de sus biógrafos, el poeta don Luis Via, también desaparecido ya, dijo de él, por manera asaz expresiva: "Té experiència de vell amb cor de jove". Y añadía acabando de perfilar su silueta sagazmente: "Es un demòcrata de sentiments i un aristòcrata de gustos". Jamás puso en su trabajo hiriente tristeza ni amargor punzante. Le cuadrarían aquellos versos del "Intermezzo", de Heine, que él tradujera con notable acierto:

"De mos grans dolors
faig cançons petites;
llur plomall vibrant
lleugeres agiten
volant dret al cor
de ma dolça aimia".

Haced extensivo ese concepto poético —filosóficamente poético—, no sólo a sus canciones, sino, a su vez, a los poemas, los dibujos, las "marinas"— así clasificaba él a casi todos sus frutos escénicos— y a cuantas otras facetas artísticas cultivara, y se os aparecerá diáfano como la luz del día el marcial inspirador que, a menudo, le conducía a fértil y reposada labor.

La venerable ejecutoria de Apeles Mestres acusa, en efecto, zigzagante sujeción a géneros distintos. Dícese a conocer como dibujante infatigable y diestro, y, sobre todo, como ilustrador de producciones literarias.

Luego, de súbito, asoma fuertemente su alma de poeta, y escribe su primer libro de versos: "Avant"; y desde entonces no dejó de publicar anualmente, un tomo de cautivadoras rimas.

Su exquisito temperamento literario se manifiesta en copiosa serie de composiciones en verso y en prosa, entre las que descuellan las siguientes: "Idil·lis", "Balades", "Semprevives", "Margaridó", "Estiu de Sant Martí", "En Misèria", "Liliàna", "La rondalla de l'amor". En 1901 estrenó su primera obra escénica:



Apeles Mestres haciendo apuntes en el jardín de su casa.



Apeles Mestres cuidando de las hortensias que cultivaba amorosamente.

"La Rosons", a la que siguieron unas treinta más, la mayoría pertenecientes al ya señalado género de "marinas", que introdujo en los tablados vernáculos, y siendo la intitulada "Sirena" la que alcanzó mayor número de representaciones, ya que pasó de las dos mil. También cabe afirmar, sin reparo alguno, que Apeles Mestres fué el instaurador del teatro infantil catalán, con sus deliciosas piezas "Nit de Reis", "Joan de l'Os", "Conte de Nadal", etc. Antes devoto de Molière que de Corneille, nuestro gran artista prodigó en sus concepciones escénicas no escaso caudal de placidez humana, de sano humorismo, de grata, suave espiritualidad, y ello aún en aquellas en que profundiza magistralmente en los inevitables sinsabores de la vida cotidiana.

Cuando fué perdiendo lentamente la vista, lo que él acogiera sin muestras de desesperanza inconsolable, ocurrió un hecho maravilloso: que se agudizó en extremo su sensibilidad, brotándole, con ímpetu incoercible, el instinto musical, hasta entonces dormido dentro de su idiosincrasia creadora. Así surgió aquel compositor que, con estilo incopiable, iba cifrando en el pentágrama bellas y emotivas estrofas líricas. Todavía se intercalan ahora en no pocos programas de conciertos algunas de aquellas canciones suyas que la voz del tenor Emilio Vendrell y de las "liederistas" Mercedes Plantada y Josefina Regnard han popularizado. Anotad: "Cançó de taverna", "La nonnó de la morta", "Minuet", "Felicitat", "Endreça", "Els freres encantats", "Les gotes d'aigua", "El poll i la puça", "El gran raim", etc.

Gustábase a Apeles Mestres ejercer idílicas tareas de jardinero. ¡Qué perfumada riqueza de motivos inspiradores debió de hallar en ello! Suyo, desde sus iniciales escarceos literarios, era el lema: "Del cor al cor", y semejaba que en tal sencilla relación le animase el mismo espíritu ferviente con que cuidaba las flores de su jardín —todo un delicado mundo en pequeño—, y, precisamente por dispensarlas especial predilección, mereció se le denominara "Rei de les hortensies".



El artista dibujando en su estudio.



Diálogo entre dos poetas: Apeles Mestres y Luis Via

ENRIQUE RODRIGUEZ MIJARES



"La Vanguardia 11/03/90

Il·lustríssim

Pere Vallribera i Moliné

Músic

Fill il·lustre de la Vila de Sallent. Acadèmic d'Honor de la Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi. Medalla Nominativa del Reial Cercle Artístic. Medalla d'Enric Granados. Insígnia d'Or del Club Polimnia de Ràdio Nacional. Membre d'Honor dels Amics de les Arts de Terrassa. Acadèmic de l'Acadèmia del Far de Sant Cristòfol de Vilanova i la Geltrú. Medalla del Treball de la Generalitat de Catalunya. Acadèmic i Medalla de Plata de l'"Académie d'Arts, Sciences et Lettres" de París. Medalla d'Or del Conservatori Superior de Música del Liceu, del que fou Mestre i Director durant 50 anys.

La seva esposa, Francina Mir i Pujol; fills, Manuel i Cristina, Berta i Ramon; nét, Oscar i familiars, comuniquen als seus deixebles i amics que morí el dia 7 de març, havent rebut els Auxilis Espirituals. L'acte religiós tindrà lloc a la parròquia de la Bonanova, de Barcelona, dimarts, dia 13, a les 20.30 hores.

■ cuatro cuartillas

Canciones, canciones, canciones...

Sería lástima que las nuevas canciones catalanas nos hicieran olvidar las viejas. Pero preveo que no ocurrirá, pues una de las más populares cancionistas de ahora, Núria Feliu, interpreta y acaba de grabar un disco doce canciones de Apel.les Mestres.

Apel.les, con el puntito entre las dos eles, tal cual lo escribimos todos ahora y, en tiempos de Mestres, lo escribía casi todo el mundo... Casi todo el mundo menos él.

—¡Me llamo Apeles, tal cual suena! —solía decir y repetir, cargando el acento en la ele única.

Naturalmente, las normas ortográficas iban por otro lado y no se le hacía caso. Joaquim Renart, en sus memorias, refiere el patético entierro de su amigo, el escritor-dibujante-músico, llevado a efecto el día 19 de julio de 1936, cuando la gente iba a tiros por la calle. No había modo de trasladar el cadáver al cementerio. Cuando, finalmente, Renart obtuvo una camioneta, pintó en la carrocería el nombre de Apeles Mestres con la ele sencilla, tal cual había suspirado él toda su vida...

Es Apel.les Mestres una de las más fabulosas personalidades con que ha contado el arte catalán. Hablamos a menudo de polifacetismos. Efectivamente, existen personas dotadas de plurales cualidades. Lo que resulta ya más raro es ser maestro en todo. Y Mestres lo fue en la poesía, en el dibujo y en la música. De la música cultivó una especialidad simple y delicada, la canción, recordando la música de los siglos XVII y XVIII.

Que acertó es indiscutible. Temía, al empezar, que la nueva canción arrinconara la vieja, pero algunas obras de Apel.les Mestres garantizan que el olvido es imposible. «Canço de taverna», es una de las melodías con letra más conocidas y repetidas en Catalunya. ¿Quién no ha escuchado aquello de «A la taverna d'en Mallol», desde que el incomparable Emili Vendrell lo lanzó a la fama? Poesía y música, sentimiento y emoción estrechamente hermanados. Una pequeña obra maestra.

Como también es otra obra maestra esa «Camí de la font», que escuché varias veces en labios de Mercè Plantada, elegante, desenvuelta, escurridiza como el agua de la fuente. Canciones galantes, pero de una galantería distinguida, para ser cantadas en los salones. «Bosc endins», «Quin mal hi ha?», «Ingenuïtat», «Minuet», «El bon jutge», etc. Es la canción popular, la canción del pueblo pasada por la mente de un artista refinado, quien sin restarle un ápice de intención, las ha limpiado de cualquier escoria populachera.

Núria Feliu, que aspira a imprimirle a la canción fácil un sello de señorío, ha estado inspirada acudiendo a Apel.les Mestres. Si también hoy todo el mundo canta, son contados, en cambio, los artistas capaces de darle a la canción el matiz exacto. Es cuestión de voz, pero también de talento y, sobre todo, de sensibilidad. Cuando en la época de la «nova canço» se ha querido bucear en los antecedentes, era una lástima que el esfuerzo de las nuevas cupletistas descubriera el cuplé catalán de los años veinte, de inspiración y de ambientes totalmente callejeros. La consideración de su éxito no debe impedirnos a tomarlo como modelo. Ni tampoco deberíamos caer en el extremo contrario, identificando canción y reivindicación, convirtiendo los desfiles de cantantes en una sociedad salmodia de imprecaciones.

Opino que las canciones de Apel.les Mestres constituyen un ejemplo de canción popular y culta. Y que son actuales lo prueban las interpretaciones de Núria Feliu, que ha tenido el buen gusto de reunir las en un disco de presentación atractiva, con una bolsa con dibujos y viñetas del propio Apel.les Mestres, cuyo retrato —tocado con la famosa boina— por Ramon Casas preside el conjunto. Con el suplementario aliciente de un escrito de Enric Jardí, trazando el retrato literario del poeta-compositor.

Cuarenta años se han cumplido de su muerte, y no se puede decir que haya sido olvidado. Aunque sea su faceta de dibujante la que provoca mayormente el interés. Estos tiempos de idolatría de la imagen, en la glorificación de las historietas a que asistimos, rebautizadas con el nombre de «comics», se prestan a calibrar las gigantescas dimensiones del Apel.les Mestres ilustrador. Se le calculan más de 40.000 dibujos, para periódicos, para libros infantiles y para ediciones para mayores, pues ilustró entre otros los «Episodios Nacionales», de Galdós, amén de numerosas obras clásicas y extranjeras. Durante una etapa dibujó valiéndose de un sólo ojo, pues tenía el derecho inutilizado, y un día de 1920, al nublársele la visión del ojo izquierdo, le dijo a su mujer:

—¿Has oído hablar del dibujante Apel.les Mestres? ¿Sí? Pues acaba de morir.

Ciego se encerró en su chalet del Pasaje de Permanyer, siendo su consuelo la música que para él iban a interpretar los amigos. Estóicamente renunció a actividades que le apasionaban, como el cuidado de su jardín, de las tantas veces evocadas hortensias del terrado de la casita.

Repito que destacó en el verso, en la narración, en el teatro, en la composición musical, en todo. Prolongó hasta casi nuestros días el romanticismo, y su muerte, coincidió con el hundimiento de muchas cosas, con la desaparición de una exquisita forma de vivir y de sentir.

Con todo, es cierto que el espíritu no muere. Y si muere es capaz de resucitar, bajo la etérea forma de una canción.

tual.

ZARZUELA

La Acción

"Los gavillanes"

La expectación existente ante el estreno de la nueva obra del maestro Guerrero viene a demostrar que éste ha sido ya definitivamente clasificado entre las personalidades que por su labor y su talento merecen las más elevadas consideraciones. Este joven músico, todo amor al trabajo, todo afán, toda sinceridad y todo deseo de ocupar el puesto que de justicia le corresponde, ha tenido la habilidad de levantar controversias de despertar envidias y de avivar pasiones.

Esto mismo demuestra que no es una medianía el que de tal modo es objeto de alabanzas y ataques, el que tiene a cientos los partidarios y los enemigos.

El libro de José Ramos Martín, es discreto y apropiado para dar amplio campo al músico. La modestia de Ramos Martín, colocándose en segundo lugar, es digna de loa y aplauso.

La interpretación que alcanzó la nueva zarzuela fué muy apropiada. La tiple Iglesias, cantó con gran maestría su nada fácil papel; la Zuffoni, aun no siendo de su temperamento el a ella encomendado, sacó partido del suyo; García Soler, cantó con maestría, y Peña y Bódalo estuvieron graciosos; el tenor Vendrell fué, con el maestro Guerrero, otro triunfador. Su voz bella, dulce, afinada y capaz de mayores empuños, canto deliciosamente la romanza de la flor y la copla, siendo ovacionado calurosamente. La voz de este gran tenor es un tesoro, que ha de proporcionarle grandes éxitos y rendimiento a su poseedor. ¡Qué voz para cantar «Manon» o «Rigoletto»!

La obra ha sido puesta en escena con el debido decoro.

Guerrero, que fué aclamado durante la representación, salió en unión de su colaborador y de los intérpretes, al palco escénico muchas veces.

El éxito fué definitivo y redondo, y quedará demostrado con la mucha gente que ha de desfilar por la Zarzuela en las representaciones sucesivas.

B.

CHENCADEL

La Voz

En la Zarzuela

"EL GAVILAN"

Pasemos por alto el candoroso libreto de El gavilán. En la función de anoche, lo importante era la partitura del joven compositor Jacinto Guerrero. El menos experto en lides teatrales pudo percibir desde el primer instante que el auditorio estaba dividido en dos bandos, que iban decididos a todo. Adictos y enemigos, al empuñar Guerrero la batuta, dispusieron al combate encarnizado.

De toda la música de El gavilán es lo mejor la Canción de la rosa, admirablemente cantada por el señor Vendrell, y el concertante final del acto segundo.

La buena tiple señora Iglesias, la sin par Eugenia Zuffoli, más bella, más insinuante, más deliciosa actriz que nunca; Ramón Peña, el notable artista; Pepe Bódalo, el gran cómico; Soriano, el ba-

ritono García Soler y un excelentísimo tenor, de bien timbrada voz y magnífica escuela de canto, el Sr. Vendrell, contribuyeron con su arte al gran triunfo de Guerrero.

También el vestuario—de muy buen gusto, de elegante factura—, el decorado, etc., etc., prestaron grandes alicientes a la fiesta. Guerrero y el autor del libreto, señor Ramos Martín, se presentaron al final de los tres actos a recibir los entusiásticos aplausos de la concurrencia.

¡Lástima que la Zuffoli tenga tan exiguo papel! Su mayor intervención hubiese dado a El gavilán mucha más brillantez.

Arturo Serrano, el avisado empresario, recibió con autores e intérpretes las felicitaciones más efusivas.

JOSE L. MAYRAL

ESTRENO EN LA ZARZUELA
"LOS GAVILANES"

La aparición de la opereta, cristalizada en los más definitivos aciertos de compositores del innegable valor técnico y artístico de Franz Lehar y Leo Fall entre los vieneses, y el más populachero berlinés Gilbert, marcó una transformación completa en el teatro lírico popular español. El nuevo género, que había logrado imponerse en el mundo entero, aportaba esenciales y afortunadas innovaciones en relación al libro y a la música. Respecto al primero, eran sus principales características la elegancia, la distinción y el buen gusto, como factores externos y formales; el movimiento y complicación vodevilesca respecto a la trama, y la frivolidad en el estilo, cualidades todas en franca oposición con los tonos melodramáticos, populares y hasta levemente moralizadores de nuestro floreciente género chico. Musicalmente, la opereta representaba un innegable progreso técnico, ya que las partituras acogían todos los más atractivos recursos armónicos e instrumentales, procurando el mayor interés artístico y el máximo esmero de forma, dentro de la ligereza y sencillez melódica del género. También su estructura difería bastante de los moldes del género chico y de la clásica zarzuela grande, estribando su originalidad en la importancia concedida a los números de conjunto a base de muchachas, y no en forma de coros mixtos, y en que los concertantes en lugar de amoldarse al tipo italiano, que desarrolla una sola frase, estaban contruidos en forma de mosaico, en el que aparecían y se combinaban los principales temas de la obra, dando así entrada en el arte frívolo al sistema de los «leitmotiv» wagnerianos. Los «gavilanes» fue un éxito de interpretación. Difícilmente pueden reunirse elementos tan valiosos, que consigan dar relieve e interés aun a los papeles más insignificantes, siempre dentro de la mayor justeza y del más exquisito sentido estético. Debutó en la obra el tenor catalán Vendrell, a quien ya habíamos aplaudido en conciertos, y desde el primer momento logró imponerse al auditorio, obteniendo triunfal consagración. Su voz, de perfecto timbre; su dicción, clara y expresiva, y la maestría con que canta, obteniendo los más bellos matices y contrastes, levantaron frecuentes murmullos de aprobación y fueron subraya-

dos con ovaciones muy merecidas. El baritoneo García Soler, de hermosa voz, extensa y de gran volumen, bordó también su parte, y como actor dió prestancia y equilibrio al papel. La...

Información EN LA ZARZUELA 8 Sep. 1923

"LOS GAVILANES", DE GUERRERO Y RAMOS MARTIN

La noche que se estrenó en este mismo teatro de la Zarzuela «La canción del olvido», del maestro Serrano, encontré al salir del estreno a un buen amigo mío, conocido «dilettante» de nuestra música, metido de lleno en los genillos, y yo no quiero contradecirle hasta que él mismo rectifique.

Noté en el joven maestro una gran preocupación: se veía catalogado por los adeptos de eso que se llama música de altura, como hilvanador de compases y notas de cuplé, y aspiraba a mayor categoría. En esta partitura había puesto el empeño.

—No hay más que una sola música—le dije yo—: la que llega directamente al corazón. En arte, cuanto conmueve y emociona es admitido... Ahí tiene usted al maestro Serrano, cuya lozana inspiración tiene tantos y tan justificados éxitos. ¡El arte!

*

¿Consiguió el maestro Guerrero su propósito? A medias; todo el primer cuadro de «Los gavilanes», de amplitud y vigor orquestal; la bellísima romanza de la flor y el dúo de tipos, poco preparado en el libro, son páginas de alto valor musical y que nos traen promesas de obras futuras de inspiración y estudio. En todo lo demás aparece el músico de melodías fáciles y excesivamente simplicista en la instrumentación que escribió el famosísimo «¡Hay que ver!» de la no menos famosa «Montería».

Me dicen que el maestro Guerrero ha sido discípulo de Conrado del Campo y primer premio de armonía en el Conservatorio. Si ello es cierto, debe ponerse en frecuente contacto con el ilustre autor de «Fantochines». Lo que le sobra al maestro es lo único en que flaquea el discípulo.

La partitura de «Los gavilanes» obtuvo anoche un éxito rotundo, a juzgar por los aplausos; el joven maestro

no debe quedar satisfecho de este triunfo; debe aspirar a más. Es consejo de amigo.

En cuanto al libro, hecho al modo de la antigua zarzuela grande, sigue demasiado fielmente los procedimientos escénicos de aquella época. El primer acto duró; el cuarto era un hoy ilustrado periodista que entonces entraba en el campo literario con su bagaje de exquisiteces y de cultura: Luis Bello.

Una noche el escritor leyó a sus compañeros un cuento original en que un hombre de avanzada edad, enamorado de una linda mozueta, sentía todo el fracaso de su amor tardío. En la escena culminante en que el senecto enamorado ve derrumbarse su ilusión, el barítono dijo: «He ahí una frase en que un cantante se acredita.»

Al cabo de los años, García Soler, cana ya la cabeza y en el Madrid de sus bohemias mocedades, tropezó con la frase, y aun cuando ya no necesitaba la consagración hizo llegar al público aquella emoción que presintiera. Su cooperación en nuestra escena fue acogida muy cariñosamente.

La señora Iglesias, cantante de extraordinarias facultades; la ⁽²⁾Zuffoli, anoche en un papel que no la va; Ramón Peña, Bódalo, todos, interpretaron con gran acierto la obra. Pero el éxito verdad, definitivo, de la noche fué para un debutante, para el tenor Vendrell, solista de los Coros Clavé, de Barcelona. Está su voz tan bien timbrada y es tan maestro al emitirla, que el público de Madrid, público tan de divos, se entregó a él desde el primer momento.

La obra fué puesta en escena y vestida con el cuidado a que nos tiene acostumbrados Arturo Serrano.

Mucha gente irá a ver «Los gavilanes» a la Zarzuela; pero irá mucha más a oír al divo... Ya lo verá la Empresa.

F. G.

(1) Coros Clavé!! No!! — 11 Orfeo Catalán
(2) La recuerda en m "Dama Negra" tantos años después.

OPINIÓN

Enric Morera, todavía polémico

El despertar la polémica fue su sino. Incluso ahora, al conmemorarse el cincuentenario de su muerte, Enric Morera no se libra de alfilerazos. Como el del director de orquesta que emite un juicio que los herederos del autor consideran denigrativo, induciéndoles a retirarle la partitura y entregársela a otra y más receptiva batuta. Mientras, se suceden los conciertos de homenaje que van a culminar con la representación de la ópera "La fada", emblemática del modernismo musical catalán.

El aludido alfilerazo: no va a dañar lo más mínimo la gloria de Morera. Dándomelas de osado, sugiero que la crítica acerba se inscribe en la tradición del hombre Morera. Sus enemigos le reprochaban la soberbia, la altanería. Y él, con sus arrebatos, con su incontinencia verbal, parecía darles la razón. Sin embargo, privando como priva en el mundo el temor a comprometerse, uno no puede menos que admirar a quienes manifestaba sus filias y sus fobias en voz alta. Morera ponía en las nubes a Wagner, a Bach; toleraba (sólo toleraba) a Beethoven y a Strauss, mientras decía pestes de Mozart, de Schumann, de Debussy, de Falla (a quien calificaba de gitano exangüe) y de muchos otros.

Tamaño furor envolvía, en la realidad, a un buenazo. Bajo su tosca apariencia, su cara de pocos amigos, su verborrea, se ocultaba un cándido. Sus alumnos de la Escuela Municipal de Música, a despecho de no compartir a menudo las opiniones que él exponía en clase, le adoraban. Y el maestro les devolvía el cariño, de manera fanática, como hacía con todo.

En el Cau Ferrat sitgetano se conserva un hermoso retrato de Morera pintado por Rusiñol. El músico, joven aún, dirige el coro Catalunya Nova. Es un coro obrero, condición que salta muy a la vista por las blusas y los pantalones de pana. Morera ambicionaba proseguir la obra de Clavé, ponerla al día. Y siempre, y muy ostensiblemente, buscaba el contacto con la gente popular. Durante un tiempo de prosperidad privada adquirió en Sitges una masía con corrales, pajaes y noria. Dedicado a la agricul-

Sus enemigos le reprochaban la soberbia, la altanería. Sin embargo, bajo su tosca apariencia, su cara de pocos amigos, su verborrea, se ocultaba un cándido

tura y a la ganadería, le gustaba concurrir a los mercados e incluso hacer transacciones.

Hasta que las cosas le fueron mal y tuvo que vender la masía. La música era, naturalmente, lo suyo, la que había procurado ya triunfos a manojos. Estrenó óperas en el Liceu, zarzuelas en Madrid, canciones con el Orfeo Català, había puesto en pie temporadas de teatro lírico catalán inolvidables, obras suyas se representaron centenares de veces y, en ocasiones, el público, tras bajar el telón, aguardó en la calle para seguir vitoreándole... ¡Y, no obstante, fue

Morera un insatisfecho! Probablemente por exceso de ambición artística. Muy alto habíase colocado él mismo el listón, por allí las nubes wagnerianas. ¿Quién, en la música de su tiempo, era capaz de alcanzar tan excelsas alturas?

Que a algunos colegas suyos y no digamos que a la crítica, su obra provocara reparos, al maestro, de ser distinta su naturaleza, podía muy bien dejarle fresco. El pueblo amó su música. Los medios musicales confieren valor de axioma a la imposibilidad de calibrar el valor de una obra en su primera audición. La historia rebosa de fiascos que, posteriormente, se trocaron en éxitos permanentes. Pues bien, quizá sea Morera la excepción. Valga el estreno de "La sardana de les monges". Un testigo me contaba: "Al entonar el Orfeo Gracienc aquello de 'La lluna s'aixeca les monges veu./Pel damunt de la tàpia la cara treu/i els hi diu bondadosa: Balleu, balleu!', nos estremecimos, aplaudimos a rabiar y todos tuvimos la convicción de haber asistido al estreno de una obra maestra".

Acaso el único discrepante fuese el propio Enric Morera. Soñaba en metas más altas. Al despertar de sus áureos sueños, quién sabe si las sardanas no le sonaron simplemente a calderilla, y perdonésemle la vulgaridad. De ser así, se equivocaba. La Cataluña que canta y baila de acuerdo con la tradición tiene por oro puro "La sardana de les monges", "La Santa Espina", "Les fulles seques", "L'Empordà"... Que descanse en paz el alma del autor, huésped posiblemente del Walhalla, donde a lo mejor dirige un coro de valquirias.

SEMPRONIO

La Orquesta de la Ópera de Georgia, en Terrassa

BARCELONA. (Redacción.) – La Orquesta de la Ópera de Georgia, bajo la batuta de su director titular Irakli Chaureli, ofrecerá un concierto singular en el Auditori Vallhonrat, del Centre Cultural de la Caixa de Terrassa, mañana jueves, a partir de las 21 horas.

En el programa figuran una estampa española con Obertura y Entreto de "Carmen", de Bizet, una muestra de la música georgiana con "Concierto para flauta y orquesta" de Azarashvili, una sinfonía de Haydn y un clásico como la "Sinfonía número 4", de Beethoven.

La Orquesta titular de la Ópera de Kuaisi, Georgia, fue fundada en 1969, junto con el teatro de la ópera de dicha localidad. Es una formación de volumen apropiado al teatro –la integran un total de cuarenta instrumentistas– y en la actualidad se encuentra realizando una extensa gira por España, país que visita por primera vez.

El director, Irakli Chaureli, es natural de Tbilisi, donde nació hace 44 años y antes de ser director artístico del teatro de la ópera de Kuaisi lo fue del de Tbilisi y, anteriormente, del Teatro Stravinski, de Moscú. ●

CRÍTICA DE **MÚSICA CLÁSICA**

Cuando la pereza es el olvido

HOMENAJE A ENRIC MORERA

Intérpretes: Joan Cabero, tenor; Manuel Cabero, Mac McClure y Maria Lluïsa Alegre, piano; Pere Bardagí, violín; Mark Friedhoff, violoncelo

Lugar y fecha: Teatre Lliure
(27/11/1992)

CÉSAR CALMELL

Nunca hemos sido demasiado propensos a ver una forma de injusticia colectiva en el olvido histórico que el tiempo ha dictaminado sobre la obra —entera o parcial— de un artista. Pensamos que el paso de los años comporta la fundamentación de un juicio crítico capaz de restituir las faltas cometidas o negar ya para siempre los favores dispensados. Nuestra deuda con el pasado, en este aspecto, viene a ser mínima. Pero existe también un inconveniente a esa confiada teoría: en la actualidad, el control de los mecanismos de difusión permanece en pocas pero poderosas manos, con posibilidad de fomentar lo que convenga del presente y también del pasado. De todas maneras, no debemos preocuparnos de ese peligro —vivísimo, por ejemplo, por sus repercusiones económicas, en el mundo de las artes plásticas— en la ver-

tiente más bien pobretona —y por lo tanto con más posibilidades de ser moralmente virtuosa— de la música.

Aquí lo que se precisa es solamente voluntad honesta de estudio, serio análisis y, claro está, una más frecuente interpretación de una obra para ver si es acertada o no su recuperación pública. Y sinceramente creemos que ello está todavía por hacer en el caso del inmenso "corpus" del catálogo de Enric Morera. Incentivos para emprender tal tarea no faltan y fueron de sobras explícitos al menos en las almas de los pocos oyentes que se dieron cita en la hermosa sesión protagonizada por excelentes y valerosos intérpretes dedicada a canciones y música de cámara del maestro barcelonés. Canciones algunas de ellas inspiradísimas —especialmente aquellas sobre poemas de Josep M. de Sagarra— que son eslabón no sólo digno sino necesario en la ininterrumpida línea de la historia del "lied" catalán; y momentos muy logrados sobre todo en los movimientos centrales tanto de la "Sonata para violín" como del "Concierto para violoncelo y orquesta", partituras ambas que sí parecen en ocasiones desproporcionadas, constituyen, sin embargo, el noble y casi aislado esfuerzo de un artista por incorporar a su país —aunque fuera de prisa y tarde— en la gran tradición del posromanticismo centroeuropeo. ●

Doblan hoy las campanas por una mujer extraordinaria, por Mercè Plantada, la soprano.

—¿Vivía, aún? —me han preguntado algunos, al darle la noticia de la muerte.

Sí, vivía aún, ignorada del gran público, sumida en la penumbra del vago recuerdo de los aficionados a la música. Sus postreros años, debido a la enfermedad, le fueron difíciles, terminaron por alejarla físicamente de sus amistades, de sus antiguos admiradores.

Admiradores que tuvo a espuestas, pues además de una cantante excepcional, de una liederista única, Mercè fue una mujer de fulgurante belleza, de arrogantisima figura con unos ojos garzos, que al decir de sus devotos, eran todo un poema, por el ritmo, por la seducción y por la gracia.

El apellido se prestaba a la fácil identificación con la célebre heroína de «Xènius», quien en una ocasión le dedicó este madrigal: «Mercè Plantada, nostra fe, encisada, / clamaria per tot arreu / que et confondriem amb la Ben Plantada / si aquesta hagués tingut ta bella veu».

Efectivamente, fue materialmente la «ben plantada», musa e intérprete de músicos y poetas. La calidad magnífica de su voz, la pureza y claridad de dicción, su exquisita musicalidad dominaron durante una larga época nuestras salas de conciertos.

Los años, la vejez es cruel con los cantantes. Sobre todo con las mujeres. «¿Esta es aquella...?», se suelen preguntar (atónitos, los jóvenes. La Plantada, no obstante, reemplazaba con el espíritu las pérdidas originadas por el implacable transcurrir del tiempo. Ya retirada, una noche inolvidable, en casa del pintor Manuel Capdevila, Vallribera se sentó al piano y la incitó a cantar.

—¡Pese a la edad y al menoscabo de la voz, ha tenido la virtud de emocionarme! —confesó el pintor Jaume Mercadé, tras un raudal de canciones.

Pero, ¡ay, que también este recuerdo queda atrás! Mercadé murió ni existe ya la casita de las Tres Torres donde tuvo lugar la íntima velada...

Sin embargo, ¿quién podrá igualar el esplendor de sus años triunfales? Cuando, al presentarse en la sala Gaveau, de París, el crítico de «Le Figaro» escribió: «Mercedes Plantada es la cantante de España, como la Argentina es la bailarina». Cuando —privilegio de que muy pocas sopranos pueden blasonar—, fue acompañada al piano por Falla, por Strauss y por Stravinsky, los máximos genios musicales contemporáneos.

Lo de Stravinsky fue casi un acontecimiento ciudadano. Procede decir que, entonces, la ciudad vivía más atentamente que ahora las manifestaciones artísticas. Stravinsky venía a Barcelona por vez primera y, en el escenario del Liceo, antes un público

expectante, la Plantada interpretó varias canciones suyas: «Canto de primavera», «El fauno y la pastora», «Pastoral», «Tamborin»... El éxito, para el compositor y para la cantante, fue extraordinario. Días después, agradeciendo, el músico de «Petruchka» ofreció un concierto en el Ateneo Barcelonés, él al piano y Mercè Plantada cantando. Esta, obligada por el entusiasmo del auditorio, tuvo que repetir «Canción de campanas» y «Pastoral».

Dominaba todas las escuelas y todos los estilos. Era una voz emocionante por lo diáfana y lo sutil. Escucharla en Wagner —el canto de amor de Elsa, la plegaria de Elisabeth, de «Tannhäuser»— suponía escalar las cumbres del monstruo de Bayreuth. Y la misma voz era capaz inmediatamente, de hacernos gustar la dulzura de los «lieds» de Schubert o bien contagiarnos el calor de los «Villancicos» españoles de Nin.

Todos los músicos de su tiempo confiaron en ella. Manén, Turina, Lamote de Grignon, Lambert, además de Falla y Nin entre los españoles. Los mejores pianistas fueron sus habituales acompañantes: Blai Net, Longás, Lamote, etc. Probablemente, la última actuación pública de la Plantada fuera un homenaje que en 1955 se rindió en la Virreina a Apl.les Mestres, en su triple condición de poeta, de músico y de dibujante. El año 1948, la Plantada interpretó en el Liceo la ópera de Carner y de Toldrà «El giravolt de maig», que ella misma había estrenado en el Palau de la Música el 1928 y que ha quedado como modelo, como pieza única de una operística catalana.

Sus últimos afanes e ilusiones localizáronse en el Liceo, en su Conservatorio Superior de Música, de cuya cátedra de «lieder» era titular. Creo que, el año 1963, cantó aún las canciones tituladas «Violetes» en una sesión de homenaje a su autor, Ricard Lamote de Grignon.

Mercè Plantada resume toda una época de arte y de esperanzas. Cantó con la «Orquesta Pau Casals», con la «Associació Obrera de Concerts», colaboró durante la guerra en las sesiones musicales ofrecidas en la Casa de Cultura de la Generalitat... Y pasó por la vida sembrando alegría, conquistando amistades, distribuyendo generosamente los ricos dones vocales con que había distinguido la Providencia. Brillaba como una llama, flameaba como una bandera. No tuvieron los compositores mejor colaboradora, intérprete más sutil, más pura, más adaptable, más llena de ciencia al parque desbordante de gracia.

—¿Vivía, aún? —repite qué se me ha preguntado.
Para cuantos la conocimos y la admiramos vivía, sí, ¡y de qué modo! Y seguirá viviendo, mientras nosotros permanezcamos vivos.

SEMPRONIO

OPINIÓN

En la muerte del pianista Vallribera

■ EL FALLECIMIENTO DEL maestro Pere Vallribera ha significado la pérdida de uno de estos artistas inicialmente dotados, pero que ganaron su prestigio a lo largo de los años gracias a su constante afán de superación, guiado por una sensibilidad afinada con el constante cultivo de la música en sus dos vertientes de concertista y pedagogo, aparte de que, episódicamente, también le había atraído la composición.

Había nacido en Sallent en 1903, pero al poco tiempo residió en Barcelona para estudiar en el Conservatorio Superior del Liceu, del que llegaría más tarde a ser director ejerciendo este cargo durante 50 años hasta su jubilación. En este largo periodo, se graduaron en el Liceu gran número de intérpretes —cantantes mayormente— que llegaron a alcanzar fama internacional.

Al margen de su labor didáctica, Vallribera llevó una vida de intensa actividad profesional. Había actuado como concertista en y fuera de España, pero pronto se especializó como pianista colaborador de solistas en recitales y giras llegando a ser el pianista favorito de todos los grandes

intérpretes. Impresiona conocer el número de instrumentistas que le reclamaron para sus actuaciones: 22 violoncelistas y más de cien cantantes, aparte de que se integró en varios tríos, cuartetos y otros conjuntos de cámara.

Sus méritos le fueron ampliamente reconocidos. Había sido nombrado hijo ilustre de la villa de Sallent, académico de la Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi y de la Académie d'Arts, Sciences et Lettres de París, obteniendo otras muchas medallas y distinciones.

Vallribera tenía las cualidades propias de los verdaderos artistas íntegros. Era sencillo y afable, y de una sincera modestia.

Consagró la totalidad de su vida a la interpretación y la enseñanza musical. Hacía un año y medio que una dolencia le impedía moverse, pero en su silla de ruedas recibía, en su casa, a numerosos alumnos que le admiraban, le respetaban y le querían. El pasado día 7 su vida se extinguió plácidamente, como si hasta el último momento hubiese querido dar testimonio de su sosegada y serena manera de ser.

XAVIER MONTSALVATGE

La Vanguardia 11 de marzo 1990

COLABORACION DE LA V

SUCEIVA EVOCACION HISTORICA

UN POETA ESCRIBE SU LIBRO
DEL ORFEON CATALAN

CONOCI a Miguel Saperas en Barcelona a través de un libro y de un amigo. El amigo se llama Valentin Moragas Roger; el libro "Pietat". Aquella colección de bellísimas composiciones que, desde el primer momento, me cautivó, me hizo comprender las calidades literarias de su autor. El trato con el hombre me obligó en seguida a ser cordialmente su amigo.

¿Quién puede no admirar y querer al ilustre poeta catalán? ¿Quién puede resistir a la gentileza de su entrañable amistad y a la emoción de sus poesías, hondas y sensibles, casi siempre rebosantes de ternura? Fue para mí un honor traducir al castellano muchas de sus estrofas, recogidas en primorosas ediciones; y he de confesar que traduciéndole —o, lo que es lo mismo, interpretando lealmente sus sentimientos— aprendí a conocerle aún más, y a sentir, no sólo admiración sino amor, hacia un idioma que había entrado en mi cerebro por los ojos y había llegado a mi alma por el corazón.

Un poeta de las calidades de Miguel Saperas tenía que manifestarse con análoga intensidad en verso que en prosa. Si se leen sus libros con recogimiento, tanto se advierte su temperamento poético en "Pietat", "Paisatges", "Carles de Viana" o los "Poemes d'Itàlia", como en el "Breviari d'amor", "L'amor en la Mare de Déu", "Assajant l'assaig", "Entre la soledat i els llibres" y "La petita història de la meva biblioteca". Las reacciones del poeta ante temas fundamentalmente líricos, sus anotaciones de observador de la ciudad o de viajero por tierras de ilusión y sus exaltaciones a impulso de una acendrada fe, tanto se acogen a unas obras como a otras. Y todas ellas, inspiradas por el mismo espíritu creador, componen un apretado haz, que es la ejecutoria literaria y personal de Miguel Saperas.

De todas estas calidades disfruta, en sus cerca de cuatrocientas páginas, "El meu llibre de l'Orfeó Català". Apasionadamente sincero, noblemente simpático, tierno y comunicativo, lírico y polémico, el libro de Saperas sobre el Orfeón de Cataluña tiene erudición e historia, anécdota y enseñanza, confianza y entusiasmo y, sobre todo, aquí y allí, poesía; y no me refiero precisamente a las treinta y una composiciones que forman el "Intermedio lírico" intercalado entre las páginas en prosa —ante el cual quisiera luego detenerme—, sino a ese centenar de "reflejos de mosaico" pleróricos de ternura en sus semblanzas, de agudeza en sus recuerdos y de sensibilidad en sus juicios.

Es una delicia para el buen aficionado ir leyendo estos "reflejos" por los cuales desfilan las grandes figuras, fundadoras o continuadoras, del Orfeón, y los actos principales —los conciertos— en que ha tomado parte la prestigiosa masa coral. Como es lógico, la figura cimera del Orfeón es la del maestro Luis Millet, su Fundador y primer Director: "nuestro Fundador y Apóstol", como dice Saperas en su primer "reflejo". Y al decir "nuestro" no puede ser "nuestro" amigo más exacto, puesto que él es desde 1950 secretario del Orfeón, sustituyendo a don Pascual Boada, de impecable memoria para los catalanes amantes de la Música. Al lado de Millet van surgiendo otros directores y varias gloriosas figuras: los maestros Pujol, Tomás, Llongueres y otros, no menos eminentes, hasta llegar al actual Director de la masa coral el maestro Luis Maria Millet. También, el inolvidable Amadeo Vives.

Surge el recuerdo del maestro Vives, y debo detenerme con la emoción que se apodera de mí siempre que pronuncio su nombre. Debo al ilustre autor de "Euda d'Uriac" muchos momentos de gratitud en esta vida; y uno de ellos, sin duda, fue su vehemente empeño —todo en él era vehemencia— por hacerme admirar y querer al Orfeón Catalán. Entornando sus ojos risueños y poniendo en su voz ardientes inflexiones, Vives hablaba de la fundación del Orfeón con un cariño que yo llamaría paternal. Había contribuido él con su esfuerzo y con su talento a la obra creadora de

Millet. Luego... Dejaré que lo diga el propio Saperas en uno de sus "reflejos": "Amadeo Vives marchó a Madrid y fue el último gran dignificador de la "zarzuela" con "Maruxa", "La villana" y "Doña Francisquita", con las cuales consiguió un éxito como hacia lustros que no se había logrado en este género". Pero la obra del maestro Vives en Barcelona no se pudo olvidar; y fue el propio maestro Millet el que así lo reconoció en unas palabras, que recoge Saperas, hablando del maestro Nicolau: "Si Vives fue para nuestro Orfeón un padre en la génesis de nuestra obra... Antonio Nicolau fue quien más la dignificó con sus creaciones corales, escritas para ser cantadas por el Orfeón". No se conforma Saperas con estas notas. No menos de diez páginas consagra, con interés y cariño, al recuerdo del autor de "L'emigrant", puntualizando cómo, sobre un texto de Milá y Fontanals, escribió "La complanta d'en Guillén", que estrenó el Orfeón, recién nacido, en 1892. Y al seguir las andanzas de Amadeo Vives de Madrid a Barcelona, de Barcelona a Madrid, de España a América y de Méjico a Barcelona, goza y se recrea describiendo el banquete con que, en diciembre de 1928, sus amigos de la capital catalana festejaron el "regreso definitivo a sus lares" del hijo ilustre que alguna vez creyeron distanciado.

El libro de Saperas es una sucesiva evocación histórica a través de la vida y los triunfos de la gran masa coral y, paralelamente, de los triunfos y la vida del maestro Millet. ¡Con qué riqueza de matices se compone la personalidad del maestro insigne! ¡Con qué acopio de detalles se perfilan las breves o extensas biografías de sus colaboradores! Muchas veces una pincelada basta para darnos el retrato de un gran amigo: el alsaciano doctor Schweitzer, Premio Nobel de la Paz en 1954; o el genio de la arquitectura catalana don Antonio Gaudí que, al terminar una audición en el Palacio de la Música, confesó que aquella noche se había reconciliado con Bach; o el maestro francés Gustavo Bret, o, sucesivamente, don Juan Millet y Pagés, primer presidente del Orfeón; don Francisco Matheu, don Alberto Bastardes, don Joaquín Cabot...

Párrafo especial reclaman los intérpretes; y entre ellos, para Saperas y para mí, el arte inolvidable de Emilio Vendrell. El que fue solista del Orfeón se convirtió, cantando óperas y zarzuelas, en ídolo del público de Barcelona y, después, de los públicos de toda España y de la América hispana. Pero jamás se olvidó de la agrupación amada, donde brillaron sus primeros éxitos. Y cuando, ya retirado del teatro, tuvo empeño en volver a ser uno más en las filas orfeonistas, redondeó, con pasión muy española, una vida consagrada al arte. Saperas, identificado con el famoso tenor, no se limita en el libro a hacer sus anotaciones biográficas, sino que le consagra dos poesías en su "Intermezzo lírico". ¡Qué semblanza emocionante la del "Petit film d'Emili Vendrell"! En poco más de ciento cincuenta versos se acogen los instantes más destacados del artista "que triunfó sin concesiones", desde sus versiones de Haydn y Bach a las modernas creaciones del teatro. Hasta que una noche el ruiseñor se durmió, y sus trinos quedaron —para sus amigos y para sus enervorizados admiradores—, guardados en unos discos entrañables.

Otras poesías dedica Saperas en su "Intermezzo" a notables cantantes del Orfeón: Montserrat Bargalló, el bajo Vicente García y Pons, la popular liederista Montserrat Salvadó, el solista Cayetano Renom. Para el secretario actual del Orfeón Catalán tiene que haber sido un timbre de legítimo orgullo componer este libro que su querido Orfeón se merecía. Pero ha sido sin duda éste un excepcional motivo de ufanía esta ofrenda que le ha hecho, como su mejor regalo, un gran poeta de Cataluña. Bien se advierte esta convicción en el prólogo que, con su autorizada opinión, ha puesto al libro don Félix Millet y Maristany.

Guillermo FERNANDEZ SHAW

EL

ORFEÓ CATALÀ

TRES CUARTOS DE SIGLO DE PROYECCION MUSICAL

Y A quedan lejos, remotos, aquellos años en que Lluís Millet y Amadeo Vives recreaban a los asiduos al desaparecido Café Pelayo con arreglos de zarzuelas entre los que deslizaban una que otra pieza del repertorio clásico reducida a cuarteto o a transcripción pianística. Barcelona por aquel entonces —en la última década del pasado siglo— vivía prácticamente ciega al movimiento musical europeo salvo por lo que se refiere a la ópera, presente ya en el Liceo. Vives y Millet fundaron en 1891 el «Orfeó Català» tanto para continuar y ampliar la labor de formación coral, progresión social y ascenso cultural emprendida por Clavé como para abrir la conciencia musical del país al horizonte del gran arte. Cuando el «Orfeó» edificó su sede definitiva inaugurándola en 1908 —pronto deberemos conmemorar el medio siglo del «Palau de la Música Catalana»— quiso que Domènech y Montaner flanqueara el podio de los «cantaires» con dos alegorías escultóricas: Clavé a un lado y Beethoven en el otro. Entre estos dos símbolos y la significación que de ellos se deriva ha transcurrido durante tres cuartos de siglo la vida del «Orfeó Català», cincuenta años

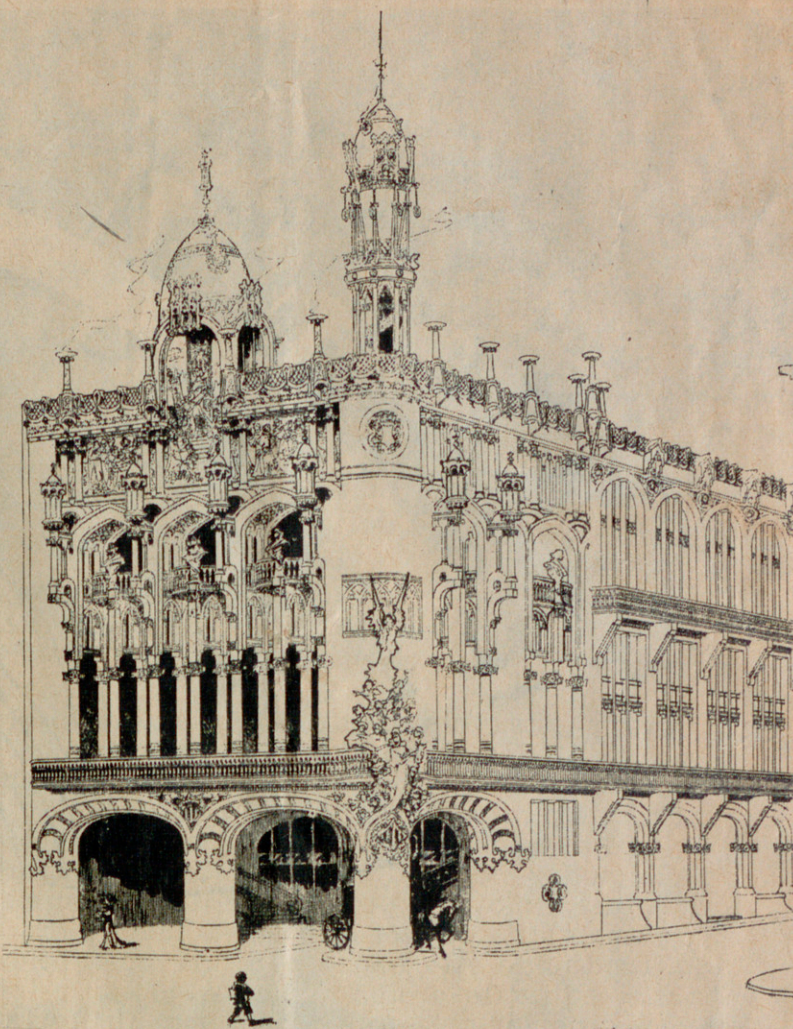
sujeito a la batuta de su fundador el maestro Millet, cuatro años laborando en la sombra bajo el control de Francesc Pujol y desde 1945 llevado por el ímpetu del hijo del primer director, el maestro Lluís M.^a Millet.

El «Orfeó» fue, en su primera etapa, la entidad que hizo estimar y admirar por primera vez lo mejor de la obra de Nicolau, Pedrell, Lamote de Grignon, Morera, Manén, Vives, del propio Millet y de los numerosos glosadores de la canción popular. Pero fue también el que descubrió al gran público de principios de siglo la «Gran Misa» de Bach y sus principales cantatas y oratorios, así como los de Haendel, la «Misa Solemnis» y la «Novena Sinfonía» de Beethoven, el «Requiem» y algunas escenas vocales y sinfónicas de las óperas de Mozart, «Las Estaciones» de Haydn, todos los grandes corales wagnerianos, los poemas e incluso obras sinfónicas de Brahms, Berlioz, Cesar Franck, Gounod, Saint-Saëns, Mendelssohn, Schumann, Mahler, Strauss y tantos otros, divulgando al propio tiempo la música coral antigua de los principales compositores de los siglos XIII al XVIII con una insistencia indeclinable por la

producción religiosa de Palestrina y Victoria.

El «Orfeó Català» de la posguerra española ha seguido fielmente la línea trazada desde su fundación ampliándola, diversificándola a tenor del desarrollo de la sensibilidad artística actual. Estimulado por la adhesión de una gran masa de afiliados y solidarios con sus iniciativas, no sólo ha mantenido en sus programas las grandes creaciones sinfónico-corales, del cancionero popular o las genuinas composiciones de autores principalmente catalanes que constituyeron lo esencial del repertorio de los cincuenta primeros años de actividad, sino que ha sumado al mismo lo más significativo de la producción coral de nuestros días, tanto de nuestros compositores como de los de otras latitudes. El «Orfeó» estudia y divulga con igual fe y entusiasmo desde los madrigalistas anónimos hasta la música de Debussy, Hindemith o Poulenc.

Desde siempre las iniciativas del «Orfeó Català» no se han limitado al estudio y difusión de la música coral. A los hombres que rigieron sus primeros pasos les debemos la única sala de conciertos importante que tenemos en Barcelona, donde se



El proyecto de Domènech y Montaner para el edificio del «Orfeó Català», el «Palau de la Música Catalana»

editó por su iniciativa la «Revista Musical Catalana», la publicación especializada más seria y completa que ha visto la luz en nuestra ciudad.

Los orientadores del «Orfeó» actual han querido continuar en los propósitos que pueden ensanchar aún más la acción cultural de la entidad. Ha convocado concursos de composición, espléndidamente dotados, ha organizado conciertos (al margen de los que habitualmente celebra la masa coral) y entra en sus proyectos inmediatos el dar cuerpo y continuidad a una nueva revista de la música. La conmemoración del 75 aniversario fundacional y la que seguirá —la del centenario del maestro Lluís Millet, nacido en 1867— serán ampliamente solemnizadas, no solamente con extraordinarias actuaciones del «Orfeó» (se anuncia ya para el 28 de octubre la audición de «Las Estaciones», de Haydn) sino también con algunos conciertos de indudable envergadura para los cuales se invitará a figuras destacadísimas del panorama musical europeo, celebración de conferencias y otros diversos actos.

El «Orfeó» no descansa. Preside sus cuadros organizadores don Félix Millet Maristany, que es uno de los hombres con más amor por el «Orfeó» y con una visión más clara, precisa y abierta sobre la misión de esta

colectividad que le corresponde gravitar decisivamente en la irradiación de muchos aspectos de la espiritualidad catalana. De él y de todos cuantos colaboran en su empeño y voluntad hay que esperar que nuestro «Orfeó Català» seguirá siendo, como ha sido siempre, un factor preponderante en la realidad de nuestra cultura genuina.

XAVIER MONTSALVATGE



Personalidades musicales en el «Orfeó» del año 1921, cuando interpretó por primera vez la «Pasión según San Mateo», de Bach. En el centro, el maestro Millet que tiene a su derecha al entonces subdirector maestro Pujol, Andrea Fornells y Emilio Vendrell, y a su izquierda al doctor Schweitzer y Concepción Callao. En segundo término distinguidos a Gaspar Cassadó, Eduardo Toldrá y Antonio Marqués



El «Orfeó Català», reunido en los jardines del antiguo Teatro Lírico, donde celebró alguna de sus primeras actuaciones



La «senyera» que preside todas las actuaciones de nuestra primera masa coral

LA VANGUARDIA

ESPAÑOLA

BARCELONA (1)

Jueves, 15 de septiembre de 1966

FUNDADORES: DON CARLOS Y DON BARTOLOME GODÓ

Redacción y Admón.: PELAYO, 88

Teléfono: 221-41-35 (6 líneas)

«TELEX» 530 y 781

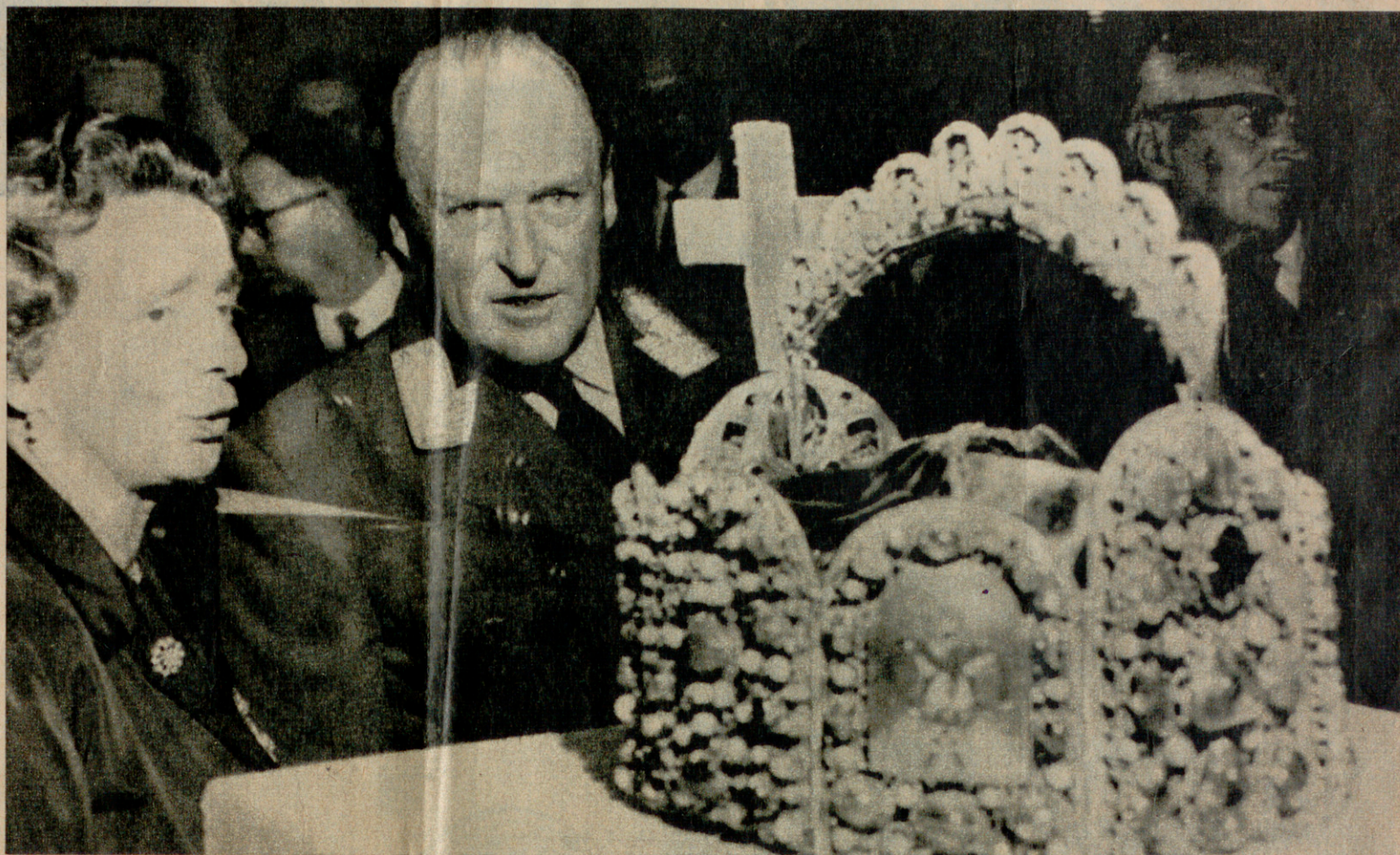
Precio de este ejemplar: 2 ptas.

Año LXXXII - Número 31.190

EL REY OLAF DE NORUEGA EN EL HOFBURG DE VIENA

El rey Olaf de Noruega contempla con cara asombrada la corona del Sacro Imperio, en el Hofburg de Viena, durante su estancia en esta ciudad

(Fotos UPI-Cifra)

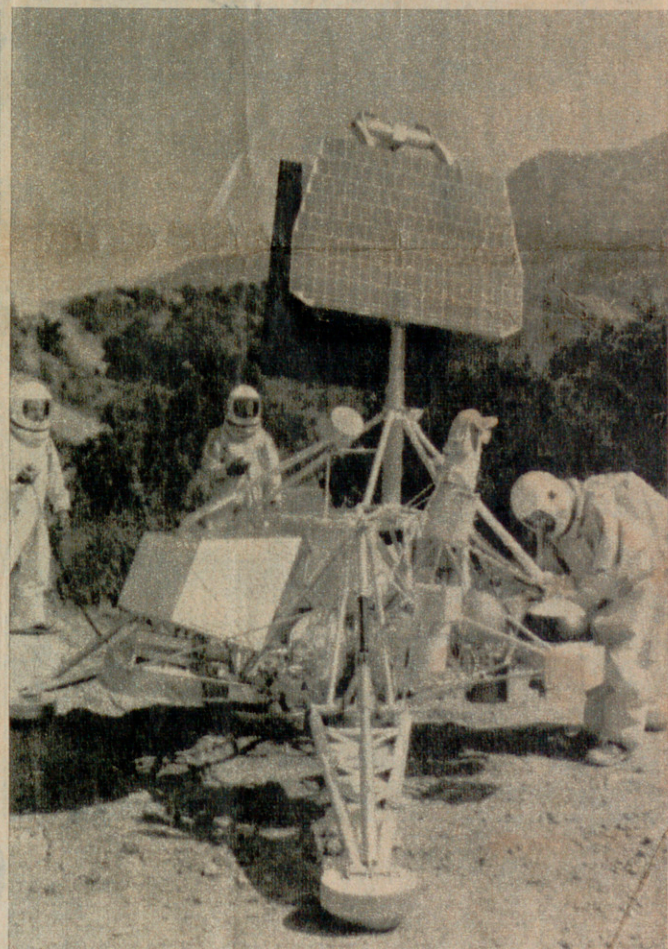


MINIFALDAS EN LA MODA MUNIQUESA

He aquí unos modelos de minifalda creados por un modista muniqués para la próxima temporada. Las maniqués que exhibieron en esta ocasión los trajes pertenecen al «ballet» de la Ópera de Múnich

Otro «Surveyor» va a ser lanzado a la Luna

Un grupo de técnicos realiza pruebas con un nuevo modelo de «Surveyor» que va a ser lanzado a la Luna, desde Cabo Kennedy, el próximo día 20 de este mes



Una escuela que no acepta la segregación racial

Dos muchachas lloran, mientras son consoladas por su padre, al verse obligadas a abandonar la escuela de la localidad de Poydras, en Luisiana, cuando varias familias decidieron retirar a sus hijos de este centro de enseñanza, por no aceptarse en el mismo los principios de la segregación racial y admitir a alumnos de raza negra

MONTSERRAT A LA VISTA



UNA CONCENTRACION DE "EXCURSIONISTES CANTAIRES"

Por JOSE TARIN-IGLESIAS

El evocador marco de nuestro santuario será en los bellos y radiantes días de la próxima primavera, escenario de un hecho excepcional y único: una concentración de «excursionistas cantaires». Lo que hace tan sólo unos meses era un simple propósito, ya está en vías de convertirse en auténtica realidad. En uno de los últimos números de «Senderos» —esa interesante y sugestiva publicación de la «Unió Excursionista de Catalunya»—, Elisardo Sala, hacía un llamamiento a todos los excursionistas catalanes para que se sumaran a esta magna demostración que pretende congregarse en torno a nuestra patrona a varios centenares de ellos.

Realmente, es curioso ver cómo nació ese movimiento de los excursionistas «cantaires». Su pionero ha sido Elisardo Sala, hombre abnegado y bueno, que con batuta segura y firme dirige el «Orfeó de Sans». Elisardo Sala, hace más de veinticinco años comenzó a preocuparse por las canciones que entonaban los excursionistas. Era un auténtico caos. En sus salidas se cantaban trozos de zarzuela o de ópera y en algunas ocasiones cosas de no muy buen tono. Elisardo Sala con un admirable espíritu fue propagando lo que él llamaría en el decurso de los años «cançons de motxilla». Es decir, inculcó a aquellos muchachos una auténtica ética y estética del canto. Durante varios lustros trabajó y sigue trabajando por la dignificación del canto de montaña,

hasta que surgieron, patrocinados por la «Unió d'Excursionistes de Catalunya» y dirigidos por él, unos cursillos que solían tener una duración de unos tres meses, y que finalizan con una curiosa lección bajo los pinos, que en realidad es un concierto de canciones de montaña.

Ahora —dirigido por el propio Elisardo Sala va a celebrarse el X Cursillo y con este motivo se acordó que la lección final consistiera en un gran «aplec» en Montserrat, cuya montaña aparte de su simbolismo, tiene una larga y gloriosa tradición excursionista. Quien ama las montañas, casi con pasión de conquista, sabe muy bien cuán cerca de Dios se encuentra uno al coronar cualquier pico montserratino. Ello es uno de los motivos del porqué en torno a la Moreneta se reunirán los «excursionistas cantaires» para ofrecer a la excelsa Patrona de los catalanes una muestra de esas canciones, que todos los domingos entonan en sus salidas por tierras catalanas, dignificadas gracias a estos cursillos de capacitación, que han hecho posible, incluso, la publicación de varios cancioneros de extraordinario valor.

Aquel día, alegre y luminoso de primavera, Elisardo Sala, verá cumplidos sus viejos anhelos de dignificar el canto de los excursionistas y esta canción de mochila, tan acertadamente bautizada por él, conseguirá el espaldarazo definitivo.

DE LA HISTORIA Y DE LA LINGÜÍSTICA

Por BEL

EL ELOGIO DE CATALUÑA

Si en el número anterior presentáramos el elogio de Cataluña por rey Jaime I, el Conquistador, hoy queremos presentar el elogio de otro rey, Martín, el Humano, el último rey de la casa de Barcelona, el último rey catalán.

Fue en Perpiñán, hoy Cataluña francesa, entonces condado del Rosellón, del que era la capital. El hecho tenía lugar en el año 1406, el día 26 de enero, hace exactamente quinientos cincuenta y seis años. El rey Martín tenía Cortes a los catalanes y, abiertas las Cortes, les dirigía una «proposició reial», o sea el discurso de la Corona. Y ya en el lema que elegía para su encabezamiento denotaba su intención laudatoria. Era las palabras del salmista: «Gloriosus dicta sunt de te», cosas gloriosas han sido dichas de ti; y él las aplicaba a Cataluña.

«Bona gent», comienza, simplemente, como quien se halla entre los suyos y tranquilamente les dirige la palabra: «Nós, volent seguir la manera antiga e acostumada per nostres predecessors, qui en lo principi, de llurs Cortes, acostumen de dir algunes coses per edificació de llurs pobles, havem proposat de parlar de la glòria del Principat de Catalunya».

Y después de una breve introducción en que es recordada la gloria de los antiguos romanos, el rey Martín se encara de nuevo con los catalanes: «Noble Cort e noble Principat de Catalunya, e vosaltres catalans, gloriósos coses són dites de vosaltres». Y para demostrar que los catalanes han tenido gran fama por todo el mundo, distribuye las razones en tres grupos: primero, porque, con gran lealtad han servido a su señor; segundo, porque con gran ardimiento han trabajado por su valor; tercero, porque, con gran liberalidad, han mostrado su honor.

Y, el rey pone ejemplos en demostración de sus asertos; y las hazañas de Roger de Lauria y de sus marineros, y de los catalanes en la jornada del Coll de Panissars, y las de Bernat de Cabrera en el Port de Comte y Alguer, y las de En Boixadors y otros catalanes en la conquista de Cerdeña, y los «actes gloriosos e virtuosos que el principat de Catalunya e los catalans feren al senyor rei nostre pare en la guerra de Castella» son evocados por el rey Martín. Asimismo, afirma, podemos decir que en todos los hechos de ar-

Escaparate de LIBROS

"LLEGARON DEL CIELO"

de Heinz C. Konsalik, editado por Plaza-Jaimes

Llega a sorprender que a estas alturas no se haya cancelado ya la novela-reportaje basada en el copioso anecdotario, más o menos trascendente, de la pasada contienda mundial. Tres lustros bien cumplidos parecen plazo más que suficiente para que la fantasía e imaginación de los novelistas hubieran hallado motivos más próximos en que inspirarse, máxime si se tiene en cuenta que esta dilatada distancia temporal no ha carecido, ciertamente, de temas propicios por su universalidad y hondura pa-

ra ser glosados en ese protéico y amplio vehículo de comunicación que es la moderna novela.

Por muchas y complejas razones cuyo tentador análisis no es de este lugar, persiste la explotación exhaustiva de aquella cantera bélica, aun a riesgo de repetirse los temas, las situaciones, los personajes incluso y, desde luego, la intencionalidad de los autores. Esto justifica el escepticismo inicial del crítico ante el libro comentado, uno más —a juzgar por el título— de esa plural producción en la que tanto apunta la monotonía y con ella el grave riesgo del tópico y del lugar común.

Apresurémonos a confesar lo temerario de nuestro juicio ya que no es este el caso, por lo menos literal, de este libro de Konsalik. En nuestra disculpa digamos también que el nombre de Montecassino, ya familiar para quienes vencimos la treintena, no es extraño tampoco para los que sin guardar memoria de su trágica actualidad, lo recuerdan encaramado a no pocos títulos de otros libros y en las pantallas de un par, por lo menos, de magníficas películas. El episodio tremendo del decisivo encuentro de los dos colosos combatientes en

aquella plácida, olvidada villa, de la Italia meridional, no guarda ya serios secretos para nadie.

Pero Montecassino fue algo más que el nombre evocador de una dura peripecia bélica, fue algo más que una apelación frecuente o imprescindible en la glosa táctica del empleo del paracaidismo, fue también el símbolo vivo y, aunque parezca paradoja, no poco convencional al propio tiempo, del derrumbamiento de unas estructuras ideológicas por las que luchó —por lo menos nominalmente— medio mundo contra la otra mitad.

Recoger este simbolismo —aunque no sea por vez primera— constituye el mérito principal de esta nueva aparición de Konsalik en nuestro panorama editorial. Recalar la transcendencia de un episodio guerrero no como tal, sino como fondo emotivo para glosar la falacia de la propaganda política que remotamente lo posibilitó, supone abandonar aquel molde cuyo abuso denunciábamos al principio para acometer una finalidad distinta y, hasta cierto punto, menos manida.

«Llegaron del cielo» constituye, en este sentido, uno de los alegatos más serios

Los «guerreros» no descansan

Mario Cabré conmemora el 50 aniversario de la muerte de ANGEL GUIMERA

NURIA FELIU, PRODUCTORA MUSICAL

RESTAURANT



NIU GUERRER

Plaça Tetuà, 16
Teléfon 225-41-02

—xXx—

PLATS DE QUALITAT

—xXx—

100 MARQUES DE VINS

—xXx—

LUXE I GUST EN LA
DECORACIO
AMBIENT ACOLLIDOR

—xXx—

Els nostres clients ens feliciten pel suquet de pescador, el filet, la sopa i la zarzuela de peix... i les altres especialitats de la nostra cuina



Los «guerreros» de la pasada temporada no descansan. Mario Cabré, siempre inquieto y sensible, conjuntamente con la empresa del Teatro Romea, homenajean hoy, públicamente, a Angel Guimerà, con motivo de cumplirse el cincuentenario de la muerte del genial dramaturgo.

Mario Cabré, al que vemos en la foto de Mans, la noche de su homenaje como «guerrero» del teatro, ofrecerá esta misma noche, por primera vez y única en los anales de la escena catalana, una selección de las tres obras más representativa de Guimerà: «Maria Rosa», «Mar i cel» y «Terra baixa».

Por otra parte, Nuria Feliu también trabaja intensamente, pues se ha convertido ahora en productora musical. «Núria Feliu Produccions» editará discos y literatura musical, ayudando así a nuevos valores a expresarse artísticamente, al tiempo que editará sus propios discos como cantante.